



Deseo

En un rancho de Texas

El peligro sienta bien

Annette Broadrick

El Peligro Sienta Bien

Annette Broadrick

4º En un Rancho de Texas
El Peligro Sienta Bien (2006)
Título Original: Danger becomes you (2005)
Serie: 04 En un Rancho de Texas
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1488
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jase Crenshaw y Leslie O'Brien

Argumento

Él huía de su pasado; ella, de su vida…

El agente Jase Crenshaw sabía que nadie lo buscaría en aquella aislada cabaña. Necesitaba soledad; ni familia, ni amigos preocupados… nadie que lo culpara de nada. Las heridas de su cuerpo no tardarían en curarse, pero las de su alma eran otra historia.

Aunque era evidente que la mujer que apareció de pronto en su puerta necesitaba ayuda, Jase prometió que sólo la dejaría refugiarse de la tormenta. La inocencia y la ternura de Leslie O'Brien eran mucho más de lo que él merecía. Pero aquel inesperado encuentro podría salvarlos a ambos…

Capítulo 1

Un ruido fuera de la cabaña lo despertó, poniéndolo en alerta. Se había quedado dormido mientras leía. A pesar de la nevada que estaba cayendo, había alguien fuera.

¿Habría alguien buscándolo? Nadie excepto su comandante sabía que estaba en la cabaña de un amigo en Michigan, recuperándose de sus heridas.

Jason se levantó de la silla y tomó su bastón. Buscó su arma reglamentaria y se acercó sigilosamente a la ventana. Desde donde estaba, no podía ver el pequeño porche, pero sí el camino de acceso y no había huellas en el suelo.

Sus años en la fuerza aérea lo habían vuelto cauteloso y precavido y sabía que, a pesar de la furia de la tormenta, había oído pasos sobre el suelo de madera del porche. ¿Quién sería y cómo habría llegado hasta allí? No le gustaban las sorpresas y, mucho menos, los invitados inesperados.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién está ahí?

—Siento molestarlo —respondió una temblorosa voz de mujer—. Mi coche se salió de la carretera y me quedé atrapada en la cuneta. ¿Podría usar su teléfono para pedir ayuda?

Aquello no le gustaba. La carretera que pasaba por allí era secundaria y terminaba en el lago, a unos treinta kilómetros. ¿Qué estaría haciendo allí?

Al ver que no contestaba, ella volvió a hablar.

—¿Hola? Sé que molesto, pero sólo quería...

El abrió la puerta y la vio frente a él. Llevaba un abrigo ligero, con capucha, que apenas le llegaba a los muslos, dejando ver sus vaqueros y sus botas. Sus ojos eran del color del whisky y su rostro estaba pálido.

Abrió la puerta y dejó la pistola a un lado.

—Pase.

Ella se dio prisa en entrar. Después de cerrar la puerta, él se giró y vio que la mujer tenía la vista puesta en la pistola. ¿Qué pensaría que iba a hacer, disparar a cualquiera que llamara a su puerta? Sin decir nada, se acercó a la mesa y dejó la pistola. Se giró y la vio allí

junto a la puerta.

Parecía haberse quedado de piedra y estaba temblando. La nieve que llevaba en la ropa, se estaba derritiendo y cayendo al suelo.

—Mire, señorita. No tengo ninguna intención de dispararle, así que quítese el abrigo antes de que tenga que secar todo el suelo.

—¡Oh! —dijo mirando el charco que se había formado a sus pies.

Se quitó rápidamente el abrigo y miró a su alrededor en busca de un sitio donde dejarlo.

La electricidad se había ido hacía un par de horas y la habitación estaba iluminada por una lámpara de queroseno que había en la mesa, donde había estado leyendo.

—Hay un perchero junto a la puerta —dijo él secamente.

La miró quitarse los guantes y colgar el abrigo antes de secarse las manos en los vaqueros. Al mirar a su alrededor, su expresión denotó nerviosismo.

La cabaña tenía una sola estancia, con una cocina en un extremo. Junto a la mesa y las sillas, había un sofá que había conocido épocas mejores, una butaca desfondada y, en el otro extremo, un par de literas. En el centro de la habitación había una estufa, única fuente de calor. También había un pequeño baño junto a la cocina.

Al quitarse el gorro, descubrió que tenía el pelo corto, con rizos rubios que rodeaban su rostro.

Era alta, delgada y tenía el aspecto de una adolescente. Sus ojos transmitían inocencia, al contrario que sus gruesos labios.

Ella tomó una vieja toalla que colgaba cerca de la puerta y secó el charco. Al agacharse, los vaqueros marcaron la forma de su trasero y de sus largas y torneadas piernas y Jason retiró la mirada, molesto por el modo en que se sentía impresionado. No había visto a una mujer desde que abandonara el hospital, meses atrás. Sabía que no era una agradable compañía para nadie y menos aún, para una inocente adolescente.

Dejó el bastón a un lado y se sentó en la misma silla que ocupaba antes de que ella llegara. El dolor en el hombro, costado y muslo, de donde le habían sacado las balas, lo devolvió al presente, recordándole por qué había querido estar solo mientras se recuperaba. Ni siquiera había querido decirle a su familia dónde

estaba. Al ver que se incorporaba, volvió a mirarla. No la quería allí, pero tampoco podía negarle refugio.

—Quisiera hacer una llamada para pedir ayuda.

El se quedó mirándola en silencio. Tenía un ligero acento del sur, lo que podía explicar por qué llevaba una ropa tan inadecuada para el invierno y su imprudencia al viajar bajo aquella tormenta.

—Quizá no se haya dado cuenta de que estamos en mitad de una tormenta de nieve. No encontrará a nadie dispuesto a arriesgar la vida para sacar su coche de la nieve.

Ella trató de ocultar su pánico, pero él supo adivinarlo en sus ojos. Se dio media vuelta y tomó su abrigo.

—¿Qué está haciendo?

—Me iré a mi coche hasta que amaine la tormenta.

Él sacudió la cabeza, incrédulo.

—No me parece una buena idea, señorita Alabama. Si vuelve al coche puede morir por congelación mientras espera a que pase la tormenta. Podría durar días.

Ella se giró lentamente hacia él, levantando la barbilla.

—Mi nombre es Leslie O'Brien y soy de Tennessee, no de Alabama. Y respecto a lo de morir congelada, haré lo que pueda por mantenerme abrigada, puesto que ésa parece la única opción que tengo en este momento.

«Deja que se marche. No la quieres aquí contigo, así que deja que se congele», pensó él.

—No haga tonterías. Se quedará aquí hasta que alguien venga a ayudarla —dijo y señaló su bastón—. Siento no poder ayudarla. Todavía no puedo caminar sin caerme.

Leslie se cruzó de brazos y le lanzó una mirada gélida.

—¿A qué tonterías se refiere? —preguntó ella ignorando su último comentario.

—En primer lugar, a conducir con este tiempo. ¿Ha conducido bajo la nieve alguna vez?

Sus labios se tensaron.

—Lo cierto es que no. Cuando salí del motel al amanecer, no esperaba encontrarme con una nevada. Los copos comenzaron a caer cuando estaba a tan sólo sesenta kilómetros de mi destino. No pensé que se formaría una tormenta tan rápido.

Él sacudió la cabeza.

—Se quedará aquí hasta que pase la tormenta. Como verá, no hay electricidad, cosa habitual durante las tormentas —dijo y señaló la cafetera que había sobre la estufa—. Hay café si quiere.

Ella asintió y se acercó a la estufa para calentarse las manos. Él tomó su bastón y fue a la cocina para llevarle una taza. Ella se sirvió café y se acercó a la mesa para dejar su taza en el extremo opuesto a él. En lugar de sentarse, miró alrededor de la habitación.

—¿Puedo usar el baño?

El señaló con la barbilla hacia una puerta.

—Está ahí.

Ella atravesó la cocina, abrió la puerta del cuarto de baño y entró.

¿Qué demonios iba a hacer con aquella mujer? No podía dejar que saliera a la tormenta y se helara. Pero tampoco la quería allí. En aquella cabaña, que se utilizaba como refugio de cazadores, no había intimidad.

Había ido hasta allí por propia decisión. Quería estar completamente recuperado antes de enfrentarse al mundo exterior y necesitaba estar solo para luchar contra sus propios demonios.

Leslie se apoyó contra la puerta del baño y sintió un escalofrío. Hacía frío y se preguntó si el agua estaría congelada. Al menos no estaba a la intemperie.

¿Qué iba a hacer?

Llevaba tres días huyendo, pagando en metálico la gasolina, los moteles y la comida para no dejar rastro, pero no se sentía segura. Quería llegar a la casa de su primo, convencida de que allí estaría a salvo. Necesitaba un sitio donde quedarse mientras decidía qué hacer.

Su primo Larry era dueño de una cabaña de dos plantas que usaba en vacaciones. Estaba en algún sitio de aquella carretera, junto a uno de los lagos. Años atrás, su madre y ella solían pasar dos semanas con ellos en verano, pero ahora, el lugar parecía diferente, especialmente con toda aquella nieve. No tenía ni idea de lo cerca que estaba de la casa de su primo. Antes de salirse de la carretera, estaba pendiente de encontrar el camino de entrada a la cabaña.

Aquella mañana, al abandonar el motel, el cielo estaba gris y soplaba un fuerte viento. Aquel hombre tenía razón: no había

reparado en aquellas condiciones, si no, no habría salido del motel. En cualquier caso, cuando la nieve empezó a caer estaba tan sólo a sesenta kilómetros de la cabaña de Larry, así que decidió continuar. Cuando vio que los copos eran cada vez más grandes, se asustó.

Apenas podía ver la carretera y los limpiaparabrisas no daban abasto. Por supuesto que no se hubiera lanzado a conducir bajo la tormenta si lo hubiera sabido. A pesar de lo que su anfitrión pensara, no era ninguna estúpida.

Aunque todo eso no importaba ahora. No había manera de dar marcha atrás en el tiempo y cambiar la decisión que la había llevado a aquella situación. Se enfrentaba a la posibilidad real de morir congelada si regresaba a su coche. Si se quedaba, tendría que enfrentarse a aquel malhumorado extraño, lo que le ponía entre la espada y la pared.

Su suerte la estaba abandonando en el momento en que más la necesitaba. De todos los sitios donde podía haber caído, había ido a parar junto a un ermitaño que odiaba a la gente. O quizá sólo odiara a las mujeres. Fuera lo que fuese, era evidente que no deseaba tenerla allí.

Era alto, de constitución fuerte y unos treinta y tantos años. No sabía lo que le pasaba en la pierna, pero se había dado cuenta de que no apoyaba el peso en ella. Un afeitado y un buen corte de pelo mejorarían su aspecto.

Lo que más le desconcertaban eran sus ojos. Eran de un azul intenso y su mirada era penetrante.

De pronto, Leslie reparó en su reflejo en el espejo. Tenía ojeras y estaba pálida como la nieve.

Sacó un peine de su bolso y se lo pasó por el pelo. Se lo había cortado la primera noche en que huyó, en un intento de cambiar su aspecto. Nunca había sido el tipo de mujer en el que la gente reparaba y confiaba en poder hacerse pasar por otra persona, si su situación se volvía preocupante.

Leslie se estremeció. Si permanecía en el baño más tiempo, iba a congelarse. Bajó los hombros y abrió la puerta, decidida a ser amable a pesar del mal humor de su anfitrión.

Él no se había movido de su silla y parecía absorto en el libro que estaba leyendo. Ella se sentó y se tomó el café, a la espera de que levantara el rostro, hablara, o hiciera cualquier otra cosa aparte

de ignorar su presencia.

—Creo que sería una buena idea que me dijera su nombre.

—Jason —contestó sin mirarla.

Estupendo, Jason sin apellido. La pistola estaba sobre la mesa. ¿Acaso era un delincuente? ¿O

un paranoico?

—Si tiene hambre, hay una cazuela con estofado en la cocina. Sírvase usted misma.

Volvió su atención al libro, dando por cumplidas sus obligaciones como anfitrión.

Lo cierto era que estaba muerta de hambre. No había parado más que a echar gasolina desde que saliera del motel. Sólo había tomado comida basura, lo que probablemente era uno de los motivos por los que estaba temblando.

Fue a la cocina y levantó la tapa de una gran cacerola. Después de abrir dos armarios, encontró un plato y se sirvió el sabroso estofado.

—¿Quiere un poco? —le preguntó.

—Sí, gracias —contestó él después de unos segundos.

Se sorprendió al ver que mostraba cierta educación. Llenó otro plato y los puso sobre la mesa.

Él cerró el libro y tomó una de las cucharas que ella le ofrecía. Enseguida empezó a comer.

—¿Cuándo cree que pasará la tormenta?

El se tomó su tiempo antes de contestar. Sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Lo siento, no tengo una bola de cristal —dijo y siguió comiendo.

—Una vez deja de nevar, ¿se derrite la nieve?

El suspiró.

—Sí, con el tiempo. Probablemente para marzo.

—¡Marzo! Pero si quedan dos meses.

El la miró inexpresivo.

—Alguien debería haberle dicho que Michigan en invierno no es el mejor sitio para pasar las vacaciones, a menos que le gusten los deportes de invierno.

De repente, se había quedado sin apetito. A aquel paso, la nieve le impediría encontrar el camino a la casa de Larry.

Se sentó y escuchó los sonidos a su alrededor. Oyó el crujido de la leña en la estufa, la rama de un árbol rozando el lateral de la cabaña y el viento soplando como si de un fantasma se tratara. El olor del estofado y del café daban un delicioso aroma a la cabaña y la lámpara que había sobre la mesa emitía un reflejo dorado.

Estudió las paredes y la cubierta inclinada, soportada por gruesos maderos. Era una pena que aquel sitio no tuviera un techo que resguardara el calor.

Cuando Jason habló, ella se sobresaltó.

—¿Cómo dio con este sitio? No vi ninguna huella.

—Vi el humo de la chimenea de casualidad, mientras trataba de encontrar la manera de sacar mi coche de la cuneta. Comencé a caminar en línea recta entre los árboles, por donde no había demasiada nieve. Tengo que admitir que me estaba comenzando a poner nerviosa justo antes de encontrar la cabaña.

Leslie recogió los platos después de que acabaron de comer y los lavó. Aunque su reloj marcaba poco más de las tres, la luz estaba desapareciendo rápidamente. El viento parecía haber incrementado su intensidad desde que estaba allí. No tenía ni idea de los lejos que estaba su coche.

Había tenido mucha suerte de encontrar la cabaña. Se estremeció y se rodeó con los brazos.

Finalmente, Leslie se apartó de la ventana. Miró a Jason y descubrió que la estaba observando.

—Tendré que quedarme a pasar la noche —afirmó.

—Eso parece.

—No tengo ropa.

—No me sorprende. Usted sólo quería usar el teléfono, no mudarse a vivir aquí.

Estuvo a punto de sonreír. Tenía una curiosa manera de resaltar lo evidente. Quizá la tensión de los últimos tres días había afectado a su cabeza, pero ya no encontraba a aquel hombre tan intimidatorio como le había parecido en un primer momento, tan sólo grosero.

Claro que también podía dispararla en cualquier momento, aunque no creía que fuera a hacerlo. Le daba la impresión de que usaba la pistola para protegerse y no para agredir.

Observó la ropa que llevaba puesta y suspiró.

El se puso de pie y caminó hasta el otro lado de la cabaña.

—Veré qué le puedo dejar para dormir.

Ella lo siguió y lo observó mientras abría un cajón y sacaba un chándal, además de sábanas y mantas.

—Hay almohadas en la cama —dijo señalando las literas.

—Gracias —dijo ella tomando lo que le ofrecía y se acercó a la cama de abajo.

Aunque era alta, aquellos pantalones y camisetas le quedarían enormes.

Se giró y lo miró.

—Espero que no le importe, pero me estaba preguntando si podríamos colocar algo que nos diera cierta intimidad.

La miró como si hubiera perdido la cabeza. Le daba igual lo que él pensara y se cruzó de brazos sosteniéndole la mirada.

—No creo que una manta le dé intimidad a menos que quiera colocarla desde la cama de arriba. Si es eso lo que quiere, hágalo.

Él se dio media vuelta y caminó sobre sus pasos hasta el otro extremo. Se metió en el baño, cerró la puerta y abrió la ducha. Normalmente usaba una manta eléctrica para relajar los músculos de su muslo, pero al no haber electricidad, su única opción era el agua caliente. Al menos era un alivio que tanto el agua caliente como la cocina funcionaran con gas. Le gustaba usar aquel lugar.

Tenía todas las comodidades de un hogar, excepto por la electricidad, que se iba a cada rato. Incluso había un pequeño lavaplatos y un horno, además de una despensa que había llenado para no tener que salir de allí.

Tenía espacio suficiente para hacer su terapia y recuperar así la movilidad de su pierna.

Después de ducharse y vestirse, Jason se sintió mejor. Abrió la puerta y regresó a la cálida estancia, dando gracias por tener suficiente leña apilada para mantener aquel sitio caliente hasta la primavera, hubiera o no electricidad. Para entonces, confiaba en estar de regreso con su unidad.

Aquella idea no le agradaba. Todavía tenía pesadillas por el ataque y se sentía tremendamente culpable de haber dirigido a su escuadrón hacia una emboscada, deseando haber sido uno de los dos muertos.

Leslie había colocado dos mantas, una hacia el lado que daba a

su cama y la otra, a los pies.

Puesto que la cama estaba en un rincón de la cabaña, los otros dos lados estaban protegidos de su mirada.

—¿Se siente más segura ahora?

Ella se giró y lo miró.

—Sí, gracias —contestó educadamente, levantando ligeramente la barbilla.

Aquel gesto era una clara señal de que no se dejaba amilanar por él.

A pesar de todo, estaba impresionado. En una situación como aquélla, muchas de las mujeres que conocía, estarían llorando. Pensó en su madre y en Ashley, la esposa de su hermano mayor, Jake, y sonrió. Aquellas dos mujeres eran de armas tomar.

Se acercó a su silla y se sentó. Estaba leyendo la biografía del general Patton. Su vida era fascinante. Aquella biografía le había hecho olvidarse de su actual situación.

Tenía que pensar qué hacer con su carrera militar. Podía pedir una excedencia, pero si lo hacía,

¿qué haría después?

Siempre le había gustado su carrera militar hasta aquella última misión de reconocimiento. A pesar de que sus superiores le habían dicho varias veces en el hospital que no había nada que hubiera podido hacer por salvar la vida de los dos hombres y que el resto del escuadrón, a pesar de sus heridas, había sobrevivido gracias a su agilidad mental, estaba teniendo problemas para recuperar la confianza en sí mismo.

—Si me disculpa, creo que me voy a acostar. Me he levantado muy temprano esta mañana —

dijo ella.

Él levantó la mirada y comprobó que Leslie se había puesto el chándal que le había dado.

Llevaba el pantalón doblado en la cintura y aun así le arrastraba. La camiseta le quedaba mejor y al menos la mantendría caliente.

Su determinación lo sorprendía por alguna razón.

—Trataré de no hacer ruido para no molestarla —replicó él.

Ella asintió y regresó junto a la litera. Jason la observó meterse en la cama, antes de que la manta cayera y la ocultara.

No sabía si sentirse halagado o insultado.

Capítulo 2

—¡A cubierto! ¡Emboscada! Han alcanzado a Thompson, tenemos que llegar hasta él ¡Nooo!

Leslie se incorporó precipitadamente y estuvo a punto de golpearse con la litera de arriba.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Quién estaba gritando?

Apartó la manta y vio que Jason parecía estar soñando. Apenas pudo distinguirlo, tumbado en la cama sin taparse y vistiendo tan sólo su ropa interior.

Lentamente, Leslie dejó caer la manta y volvió a tumbarse. ¿Qué le había ocurrido a aquel hombre? ¿Estaría en el ejército? Se giró hacia la pared y se cubrió con la sábana hasta el cuello.

La habitación se había enfriado considerablemente desde que se había metido en la cama y era sorprendente que Jason no estuviera tapado.

Leslie se estremeció. Aquel hombre le había hecho olvidar la situación en la que se encontraba.

Tenía que llamar a Teri para preguntarle si aquellos hombres habían vuelto a buscarla. Seguramente ya habrían descubierto que había alquilado un coche.

¿La buscarían entre sus familiares? Si era así, podía poner en peligro a Larry y a su familia.

Aquellos hombres podían estar en Michigan buscándola. La sola idea la aterrorizó.

Al poco tiempo, Leslie se durmió. Cuando volvió a abrir los ojos, había una tenue luz en la habitación, señal de que ya había amanecido. Sacó el brazo de la cama. El aire era frío, a pesar de que escuchaba el crepitar de las llamas.

Se sentó, apartó la manta a un lado y se sorprendió al ver a Jason haciendo ejercicio junto a la estufa. Por sus gestos, los movimientos le resultaban dolorosos, pero aun así seguía moviendo la pierna y, después de unos minutos, el brazo y el hombro.

De pronto, Leslie se percató de que de nuevo lo estaba observando sin que él se diera cuenta y rápidamente bajó la manta. La luz de la lámpara de queroseno se reflejaba en su cuerpo, marcando los músculos de su torso.

Esperó a oír la puerta del baño antes de volver a asomarse.

Cuando se aseguró de que estaba a solas, se volvió a poner su ropa y dobló la que le había prestado Jason antes de dejarla sobre la almohada.

Después de calentarse las manos en la estufa, se acercó a la cocina a echar un vistazo. Se sorprendió al ver tantas provisiones. No había mucho en la nevera, pero había mucha comida para preparar un buen desayuno.

Preparó una crema de avena, a la que añadió frutos secos.

Cuando Jason salió del baño, la mesa estaba puesta y el café preparado. Se había duchado y afeitado y el cambio era notable, dado el aspecto que tenía cuando llegó. Era más joven de lo que había supuesto. Otra vez llevaba vaqueros y se había puesto un jersey del mismo color que sus ojos.

—¿Qué...? No tenía por qué hacer... —dijo al ver la mesa puesta y se detuvo al verla regresar con la crema de avena.

—Espero que no le importe que haya preparado el desayuno —dijo sonriendo.

—¿Que si me importa?

Distraídamente, separó la silla ofreciéndosela y después se sentó él. Ninguno de los dos dijo nada mientras comían.

—¿De dónde ha sacado esa idea de añadir cosas a la crema de avena?

Después de dar un sorbo de café, Leslie le contestó.

—Es una idea que se le ocurrió a mi madre. Antes no me gustaba la avena, así que experimentó con varios ingredientes para lograr que me la tomara.

—¿Dónde vive su madre?

¿Dónde estaba el malhumorado hombre del día anterior? Se estaba comportando civilizadamente iniciando una conversación.

—Vivía en Alabama hasta que murió la pasada primavera.

—Siento oír eso. Apuesto a que se crió en Alabama, ¿verdad?

Ella frunció el ceño.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque habla como los de Alabama.

—¿Cómo lo sabe?

—Uno de los hombres de mi brigada era... —dijo y se detuvo. Sacudió la cabeza y se bebió el café. La expresión del día anterior volvió a aparecer en su rostro.

Ella esperó, pero él no dijo nada más.

Su brigada. Era evidente que algo le había pasado y que no quería hablar de ello. Lo comprendía. Ella tampoco tenía intención de contarle por qué se había ido de Tennessee con tanta prisa, así que buscó otro tema de conversación.

—¿Viven sus padres?

El asintió y se puso de pie. Retiró los platos y los llevó a la cocina. Ella acabó de quitar la mesa y cuando llegó a la cocina vio que él estaba llenando el fregadero de agua.

—Yo puedo ocuparme de eso —dijo ella dejando los platos a un lado del fregadero.

—No se preocupe —dijo él sin mirarla—. Gracias por el desayuno.

Ella se dio media vuelta y se acercó a la estufa, que en aquel momento desprendía calor.

Después de calentarse las manos durante unos minutos, se acercó a la ventana y miró fuera.

Seguía nevando. Quizá Jason había dicho en serio lo de que continuaría nevando hasta marzo.

Seguramente el viento amainaría pronto. Se quedó contemplando cómo nevaba.

¿Y ahora qué? Pensó en ir hasta el coche a recoger algunas de sus cosas. Había comprado varios libros y revistas, pensando en que los necesitaría una vez llegara a casa de Larry. Pero los necesitaba ahora.

Tomada la decisión, Leslie agarró los guantes y se puso el abrigo.

—¿Dónde cree que va? —dijo Jason al ver que iba a abrir la puerta.

Su malhumor estaba de vuelta.

—A mi coche —contestó ella sin girarse.

—¿Por qué?

Contó hasta diez antes de contestar y sin dejar de mirar la puerta, respondió:

—Porque necesito algunas cosas.

—Le gusta el peligro, ¿verdad?

Leslie sacudió la cabeza.

—Lo cierto es que no.

Abrió la puerta, salió fuera y cerró tras de ella.

Miró al frente. No tenía ni idea de cómo volver a su coche por el mismo camino. Decidió caminar entre los árboles hasta que llegara a la carretera y luego seguiría por ésta hasta llegar a su coche.

Con aquella intención, salió del porche y dio un paso en la nieve que le cubría hasta las rodillas. Estupendo, era justo lo que necesitaba. No tenía intención de regresar a la cabaña sin algo que leer, puesto que su anfitrión no se mostraba dispuesto a conversar.

Leslie perdió la noción del tiempo mientras trataba de avanzar en la nieve. Tenía las piernas mojadas y frías. Le castañeaban los dientes. No estaba dispuesta a volver y admitir que Jason tenía razón, así que siguió adelante.

Cuando llegó a la carretera, respiraba pesadamente y estaba sudando. Se giró y miró atrás.

Había perdido de vista la cabaña, pero veía el humo, por lo que confiaba en encontrar el camino de vuelta.

Encontró el coche cubierto de nieve en la cuneta. Los guantes que llevaba no le habían servido para aquella tormenta. La lana estaba mojada. Se los quitó y buscó las llaves del coche en el bolsillo del abrigo.

Leslie se acercó al maletero y retiró la nieve hasta dar con la cerradura. Estaba congelada.

No volvería a la cabaña sin sus cosas. Decidida, se arrodilló junto a la cerradura y comenzó a echarle vaho. Cada poco intentaba hacer girar la llave, pero tuvo que dejarlo porque se estaba mareando y le dolían las mandíbulas del esfuerzo.

Esa vez cuando hizo girar la llave, sonó un crujido y consiguió abrir el maletero.

Sin perder el tiempo, Leslie abrió su maleta y metió los libros y las revistas, antes de sacarla.

Cerró el maletero, tomó las llaves y miró a su alrededor. Podía volver por la carretera a casa de Jason o acortar a través de los árboles, donde la nieve no era tan profunda.

El camino entre los árboles parecía más largo de lo que había sido el día anterior, aunque lo cierto era que entonces no cargaba con una maleta. Su madre siempre le había dicho que era demasiado cabezota.

—Tenías razón, mamá —dijo en voz alta.

Quizá su madre la había estado ayudando a abrir el maletero, sabiendo que Leslie no se daría por vencida hasta que lo abriera o sucumbiera bajo el frío. Ante aquel pensamiento, sonrió.

Su madre y ella siempre habían estado muy unidas. Estaba embarazada de ella cuando su padre murió veintiséis años atrás en un ataque militar.

Su madre nunca se había interesado por ningún otro hombre y Leslie había crecido con la idea de que sólo había un hombre perfecto para cada mujer. A los veinticinco años, ya no estaba tan segura como lo había estado a los diez.

Su madre siempre la había hecho sentirse muy especial, diciéndole lo agradecida que estaba de tenerla. Había mantenido las fotos de su marido por toda la casa para que Leslie lo conociera. De lo que su madre no se había dado cuenta era de que Leslie había crecido odiando todo lo que tuviera que ver con el ejército. Se había visto privada de un padre y su madre, de un marido. ¿Y para qué?

Todo por una acción militar que había sido rápidamente olvidada.

Se detuvo y miró a su alrededor. Ajustó el tirador de la maleta y continuó con los pensamientos puestos en su infancia, un tiempo en el que no había estado sola, ni había tenido miedo, ni había pasado frío.

Llevaba una hora fuera. Jason estaba tan enfadado con ella, que si lograba volver con vida, él mismo la estrangularía.

Durante los últimos veinte minutos, había caminado de ventana en ventana con la ayuda de su bastón. Odiaba sentirse impedido. A pesar de su pierna herida, él estaba mejor preparado para sobrevivir en aquel temporal, así que, ¿por qué no había ido él?

Porque lo cierto era que no la creía tan estúpida como para salir ahí fuera. Se había imaginado que estaría un rato en el porche antes de regresar al interior.

No sabía cuánto tiempo había estado leyendo antes de reparar en que no había regresado.

Maldiciendo, se había puesto de pie y se había acercado a la puerta. Había abierto la puerta y había visto el camino que había tomado. La nieve revelaba las veces en que se había caído y levantado una y otra vez.

Se merecía congelarse ahí fuera. Eso era lo que no había dejado

de repetirse durante la última hora. Ahora estaba asustado. Hacía mucho tiempo que se había ido y se veía obligado a salir a buscarla.

Se puso el abrigo. No podía usar sus botas de nieve, lo que lo enfurecía más, así que sacó las muletas, confiando en no caerse en la nieve.

Jason había avanzado unos diez metros cuando un movimiento a su izquierda llamó su atención. Era Leslie apareciendo entre los árboles y tirando de una enorme maleta.

Quería gritarle toda su furia por ponerlo en aquella situación. Sin embargo, se dirigió hacia ella.

—¿Qué demonios le ocurre? He salido a ver si necesitaba ayuda.

—Me ha asustado —respondió ella con voz ronca.

Él alargó la mano y tomó la maleta.

—Entre en la casa.

—Yo...

—¡Entre! —tronó él, haciéndola sobresaltarse.

Ella lo miró fijamente y su expresión de miedo lo impresionó.

—Por favor, entre en la casa. Me ocuparé de la maleta.

Ella asintió y se dio media vuelta.

Cuando llegaron al porche y Jason dejó la maleta, estaba exhausto como si hubiera corrido un maratón. Le dolía el hombro y el muslo.

Cuando llegó a la puerta, sus músculos no podían más.

—Yo me ocuparé —dijo ella sin aliento y empujó la maleta dentro—. Deje que le ayude.

—Apártese de mi camino —mascullló, sin fuerzas para levantar la voz.

Una vez dentro, cerró la puerta y se apoyó contra ella respirando profundamente con los ojos cerrados.

Cuando volvió a abrirlos, ella estaba frente a él, calentándose las manos.

—Lo siento. No debería haber salido a buscarme. Estaba bien.

El se quedó mirándola fijamente durante unos segundos.

—Sí, claro. Por eso sus labios están morados y seguramente tiene hipotermia. Quítese esa ropa y métase en la ducha ahora mismo.

Lo dijo en tono amable, por lo que no entendió por qué ella se apresuró a apartarse, llevándose la maleta.

La abrió, esparció los libros y revistas, sacó algo de ropa y se metió en el baño.

Tenía que descansar o no sería capaz de moverse. Se quitó el abrigo y lentamente se dirigió a su butaca, cerca de la estufa.

¿Qué había ocurrido ahí fuera? Había estado tan preocupado por ella, que el alivio que había sentido al verla lo había pillado por sorpresa. Sólo porque no quisiera tenerla allí, no significaba que deseara su muerte.

Había sentido más que alivio al verla regresar. Y eso era algo que no le gustaba.

Capítulo 3

Leslie se quedó bajo el agua caliente de la ducha. Tenía mucho frío. No se había dado cuenta del frío que tenía hasta que su piel sintió el agua.

Cerró los ojos. ¿Por qué había hecho algo tan estúpido? No tenía respuesta.

Temía volver a la habitación donde Jason la esperaba. Nunca había visto a nadie tan enfadado como estaba él.

De pronto, recordó su trabajo. ¿Cómo había podido olvidarlo? Se había ido sin decírselo a nadie, ni siquiera a su jefe. Una lágrima rodó por su mejilla. Había dejado a su jefe en la estacada.

Claro que tampoco podía contarle lo que había pasado ni cuándo podría volver. Lo cierto era que quizá tuviera que pasar el resto de su vida huyendo.

Por fin cerró el grifo y salió de la ducha. Comparado con la habitación exterior, el baño le pareció un horno.

Jason la esperaba al otro lado de la puerta. Se estremeció. No sabía si tenía más miedo a morir congelada o a enfrentarse a la cólera de Jason.

Al menos tenía ropa limpia que ponerse. Tomó lo primero que encontró. Ahora entendía por qué la gente llevaba leotardos en invierno. Era una pena que no tuviera ninguno. En cuanto saliera de allí, sería lo primero que compraría.

Ayudándose de sus entumecidos brazos, Jason fue hasta la cocina. Aquélla iba a ser una de las pocas veces en que iba a tomarse la medicina para el dolor que le habían recetado.

Estaba entrenado para ignorar el dolor y había preferido no tomar aquellas pastillas que le hacían sentirse extraño, como si flotara o estuviera medio dormido. Pero en aquel momento, tan sólo necesitaba alivio.

Después de tomárselas, Jason preparó café. Hacía varios minutos que había dejado de escuchar la ducha. Si se hubiera mareado y caído al suelo, lo habría escuchado.

Antes de que estuviera preparado, las pastillas habían comenzado a hacer efecto. Había servido dos tazas de café y al oír abrirse la puerta del baño, habló sin mirar.

—Tome un poco de café. La ayudará a entrar en calor.

Leslie no contestó. Jason dio un sorbo de café, manteniendo la vista en la nieve, hasta que ella se acercó a la mesa y se sentó. Entonces, la miró. Sus mejillas tenían un poco de color y sus labios volvían a estar rosados.

—Gracias por salir a ayudarme. Tenía razón. No debería haber salido hasta que hubiera dejado de nevar. Ha sido una tontería y tiene derecho a estar enfadado conmigo.

Él levantó la cabeza y la miró.

—No estoy enfadado con usted.

—Pues lo parece.

—Estaba preocupado. Hacía mucho tiempo que se había ido.

—No podía conseguir abrir el maletero. La cerradura se había congelado.

—Entonces, ¿cómo sacó la maleta?

—Soplé todo lo que pude con la esperanza de que se derritiera un poco —dijo y antes de que él hiciera algún comentario, añadió —: Sé que ha sido una estupidez.

—No si ha funcionado —dijo él reclinándose en su silla.

Aparte de una ligera sensación de embriaguez, se sentía bien. Volvió a mirarla. Cuando ella volvió a levantar la taza, vio que la estaba observando. Se quedó quieta, con la taza a medio camino de la boca.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó él.

—Veinticinco.

—Pensé que era una adolescente.

—Y usted, ¿cuántos años tiene?

—Acabo de cumplir treinta —dijo y al ver su cara de sorpresa, añadió—: ¿Cuántos pensaba que tenía?

—No lo sé. No se me da bien calcular la edad de los demás.

Al ver que ella no decía nada más, continuó hablando.

—Y, ¿a qué se dedica?

—¿Qué más da? —respondió ella dejando la taza sobre la mesa.

—Sólo pretendía charlar.

—Eso es todo un cambio —murmuró ella y dio un sorbo de café.

—Sé que no he sido muy amable desde que llegó.

—¿De veras?

—Está bien, sé que he sido un grosero —contestó encogiéndose de hombros—. Lo siento. ¿Por qué no empezamos de nuevo? —dijo

alargando la mano hacia ella—. Leslie O'Brien, me alegro de conocerte. Soy Jason Crenshaw, de Texas, miembro del ejército de los Estados Unidos.

Ella alargó la mano y se la estrechó. Su mano seguía fría y seguramente ése era el motivo por el que sintió electricidad entre ellos. Respiró hondo y retiró la mano.

—¿Estás de baja?

—Sí, de baja médica. Me estoy planteando dejarlo y dedicarme a otra cosa. Pero ahora mismo, no sé a qué. Con el tiempo, acabaré volviendo a casa.

No esperaba ninguna visita. Su única esperanza era que su pierna recuperara la movilidad para no tener que contar a nadie que lo habían herido.

—¿A Texas?

El se quedó callado, preguntándose por qué estaba hablando de aquello con una extraña.

Aunque si la estaba ayudando a sentirse más cómoda, ¿por qué no? En unos días, ella continuaría su camino y nunca más volvería a verla.

—Sí, mi familia tiene un rancho en el centro de Texas. De hecho, ha pertenecido a los Crenshaw desde 1840.

—Guau, eso es mucho tiempo.

El asintió.

—Soy el pequeño de cuatro hermanos.

—Por el modo en que te comportas, hubiera pensado que eras el mayor.

Él sonrió y ella se sorprendió.

—¿Qué? —preguntó él al ver su expresión.

—Es la primera vez que te veo sonreír. Deberías hacerlo más a menudo.

—Lo siento. Me imagino que llevo demasiado tiempo aquí solo y no he tenido motivos para sonreír en los últimos meses. Tampoco he tenido mucho contacto con mis hermanos últimamente.

Me alisté en el ejército nada más acabar la Universidad y rara vez voy a casa. Antes de esto —dijo señalando su pierna herida—, estaba la mayor parte del tiempo fuera del país. Permanezco en contacto con mi familia mediante el correo electrónico.

—Estoy segura de que están preocupados por ti, aquí solo y

herido.

—No, no saben dónde estoy ni que me han herido. No quiero decírselo —respondió y miró a su alrededor—. No sé tú, pero yo tengo hambre. ¿Quieres un poco del estofado que hice ayer? —dijo y comenzó a levantarse.

—Por favor, no te muevas. Lo calentaré.

La miró alejarse. Aquellos vaqueros le quedaban muy bien. Eran de color caqui, diferentes a los que llevaba el día anterior. Sus piernas parecían infinitas.

—No has mencionado a ningún marido o alguien que pudiera estar preocupado por ti.

¿Quieres llamar a alguien con el teléfono móvil?

Ella se asomó y lo miró fijamente durante unos segundos.

—No, no estoy casada y no hay nadie preocupado por mí —dijo y desapareció de nuevo.

—Es una lástima. Eres una mujer muy agradable, Leslie O'Brien.

Esa vez, ella volvió a asomarse, con los brazos en jarras.

—¿Has estado bebiendo?

—No.

—Pues te comportas de un modo extraño.

—Seguramente por las pastillas.

—¿Qué pastillas?

—Las del dolor.

—Deben de ser muy fuertes —dijo ella frunciendo el ceño.

—Quién sabe. Nunca he tomado esas cosas.

—Pero hoy sí lo has hecho.

—Bueno, sí, ya sabes. Hoy me dolía más de lo habitual.

Ella sacudió la cabeza y desapareció. Unos minutos más tarde, regresó con dos platos de estofado. Volvió por dos vasos de agua y rellenó las tazas de café, antes de sentarse.

—Te sentirás mejor después de comer.

—Me siento bien —dijo tomando la cuchara.

Ella sonrió y él reparó en los hoyuelos de sus mejillas.

—Es la primera vez que te veo sonreír —continuó—. Te salen hoyuelos en las mejillas.

—Así es —respondió ella y comenzó a comer.

Comieron en silencio.

—¿Quieres más? —preguntó ella cuando terminaron.

—Gracias, pero no.

Cuando trató de levantarse, ella recogió los platos y los llevó rápidamente a la cocina. Con la ayuda de una de las muletas, Jason se fue a la butaca y se sentó. Unos minutos más tarde, Leslie salió de la cocina y se sorprendió al verlo. Él le hizo un gesto con la mano señalándole el sofá.

—Siéntate aquí. Necesitas descansar.

Ella se acercó y se sentó.

—Pensaba leer un rato.

—Está bien, si no quieres seguir hablando...

—Lo cierto es que prefiero escucharte.

—Está bien.

—Háblame de tu familia.

Él sonrió.

—Adoro a mi familia. Mis padres son mis héroes.

—¿Te llevas bien con tus hermanos?

—Por supuesto, aunque es duro ser el más pequeño.

—Yo soy hija única.

—¿Sigue tu padre con vida?

Ella negó con la cabeza.

—Murió en un acto militar.

—Tuvo que ser duro.

—Fue más duro para mi madre. Yo nunca lo conocí, pero ella sufrió mucho a pesar de que tratara de disimular su dolor —dijo y cambió de conversación—. ¿Están casados tus hermanos?

Él se rió sin poder evitarlo.

—Mis tres hermanos están casados, a pesar de que juraban que nunca lo harían. Los dos primeros se casaron con dos meses de diferencia.

—Eres un alma solitaria, supongo.

—Así es. Además, nunca he tenido tiempo para mantener una relación.

—¿Me estás diciendo que no te gustan las mujeres?

—No, lo que quiero decir es que nunca he tenido tiempo para mujeres. Hasta ahora.

Ella se enderezó en su asiento.

—¿Qué quieres decir con ahora?

—Bueno, hasta que mi pierna se recupere y vuelva a mi unidad,

tengo todo el tiempo del mundo para hacer lo que quiera.

—¿Por eso estás escondido aquí?

Tenía parte de razón. Con todo el tiempo libre, ¿qué estaba haciendo allí? Sí, claro, no quería que su familia lo viera herido, no quería que se preocuparan por él. No quería regresar a casa con toda aquella culpabilidad y frustración.

—No quería ver ni hablar con nadie. Dirigí a mi brigada hacia una emboscada y dos hombres murieron. Debería haber muerto yo en vez de ellos.

—Al parecer, estuviste a punto de hacerlo.

—Lo sé. Creo que no estaba en las cartas que fuera yo.

—Pareces decepcionado.

—He pedido que me asignen otro destino. No más combates. Me pondrán tras una mesa o me harán entrenar a otros.

—Parece una buena manera de aprovechar tus conocimientos.

—Estoy cansado —murmuró Jason después de unos minutos.

—¿Por qué no tratas de descansar? Iré por uno de mis libros y...

—No, no me refiero a que esté cansado ahora. Llevo nueve años en el ejército, destinado en operaciones especiales. Era muy bueno, pero aquella noche lo estropeé todo. Debería haberme asegurado de que la información que habíamos recibido era exacta. No quiero tener esa clase de responsabilidad otra vez.

—Creo que estás siendo muy duro contigo mismo.

Él se encogió de hombros.

—No importa.

—¿Vas a contarle a tu familia lo que te pasó?

—No si puedo evitarlo. Quiero estar en buena forma física la próxima vez que los vea —dijo y cerró los ojos—. Quería que estuvieran orgullosos de mí y no quiero que sepan que lo he estropeado todo.

—Estoy segura de que se alegrarán tanto de que sobrevivieras que no les preocupará nada más. Además, por lo que me has contado, no creo que pensaran que has estropeado nada.

Él abrió los ojos.

—Eres una buena persona, Leslie O'Brien. ¿Tienes novio?

Ella se rió.

—¿Estás interesado en mi vida privada?

—Bueno, yo te he estado hablando de mi vida.

—De vez en cuando, tengo alguna cita, pero nada serio.

—Bien.

—¿Bien? —preguntó ella enarcando las cejas.

El cerró los ojos.

—Sí —susurró él—. No quisiera estar pisando el terreno de nadie.

Capítulo 4

Leslie no podía creer lo que estaba oyendo. Estaba sorprendida de aquella actitud tan amable.

Se puso de pie y lo miró detenidamente. Tenía las pestañas largas, algo en lo que no había reparado probablemente porque sólo se había fijado en sus ojos.

Le caía el pelo sobre la frente y deseaba apartárselo hacia atrás, pero se contuvo. De pronto se dio cuenta de que se había dormido por su respiración profunda.

Se dio la vuelta y vio su maleta, entre las camas, con los libros y las revistas esparcidos a su alrededor. Los apiló, sacó su pijama más cálido y los dejó al pie de la cama. También sacó un par de calcetines para evitar que se le enfriaran los pies como la noche anterior.

Mientras habían estado hablando, la luz del exterior había desaparecido. Miró el reloj y se sorprendió al ver que eran casi las ocho de la noche. Había sido un día extraño. Se preguntó si Jason se acordaría de todo lo que le había contado.

Miró por encima de su hombro. Parecía cómodo como estaba. De pronto reparó en que la estufa necesitaba más leña. Había un montón en el porche, así que se puso el abrigo, salió fuera y tomó unos troncos que metió en la estufa, tal y como le había visto hacer.

Después, Leslie fue hasta la mesa y apagó la lámpara, antes de ocultarse tras la manta que había puesto alrededor de su cama. Una vez se cambió de ropa, fue al baño y se cepilló los dientes.

Cuando salió, dirigió la mirada hacia él. No se había movido. Encontró otra manta y se la echó por encima, volvió a su cama y se metió entre las sábanas.

A pesar de lo cansada que estaba, le costó trabajo dormirse. Nunca había conocido a un hombre como Jason. Estaba preocupado, pero ¿quién no lo estaría en su situación?

Se recordó, que era exactamente el tipo de hombre con el que se había jurado no relacionarse: un militar. Aunque su trabajo no debería importarle. Una vez se fuera, no habría razón para volver a verlo. Al menos, ahora tenía otra opinión de él. El dolor explicaba su amargo e irascible comportamiento.

Si estuviera en su casa, estaría al otro lado del pasillo de su

apartamento, visitando a Teri y comentando con ella las confusas emociones que aquel hombre le había causado.

Confiaba en que Teri estuviera bien.

El sonido de metal contra metal la despertó. De un impulso, Leslie salió de la cama.

—¿Jason?

—Siento haberte despertado.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No, voy a poner más leña en la estufa y volveré a la cama.

A la luz de la luna, podía verlo sentado en la butaca. Lentamente, se acercó hasta el sofá.

—La tormenta ha parado —dijo ella.

—Sí. Creo que ha sido el silencio después de dos días de intenso viento lo que me ha despertado.

Ella se sentó en un extremo del sofá, lo suficientemente cerca de él como para tocarlo.

—¿Te duele algo?

—Me siento mejor. Me imagino que las medicinas han hecho su efecto —dijo y después de unos segundos, añadió—: Siento si antes he hablado demasiado.

—No tienes por qué disculparte. Lo he disfrutado.

—He hablado más en estos dos días que en los últimos meses.

—Eso es bueno —dijo tocándolo en el brazo.

Él se estremeció. Cuando ella hizo amago de retirar la mano, él puso la suya encima, entrelazando sus dedos.

—Me has sobrecogido. Hacía mucho tiempo que nadie me tocaba.

—No es de extrañar, teniendo en cuenta tu vida de ermitaño.

—Ermitaño, ¿eh?

—Creo que eso suena mejor que huraño.

—¿No estarás insultando a tu anfitrión después de que te salvara de la tormenta, no?

El continuó entrelazando sus dedos.

—Es muy descortés por mi parte, lo sé.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien te tocó? —preguntó él.

Ella trató de apartar la mano, pero él se la retuvo.

—Hace mucho tiempo.

Leslie perdió la noción del tiempo mientras continuaban allí

sentados en silencio, con las manos entrelazadas. Finalmente, Jason suspiró y la soltó.

—Tengo que echar leña en la estufa antes de que haga más frío aquí.

—Yo lo haré —dijo ella rápidamente y se puso de pie.

Se acercó al perchero y tomó su abrigo. Una vez se lo puso, abrió la puerta y salió fuera.

La nieve caída, brillaba bajo la luz de la luna. Aquel bonito paisaje la impresionó.

Recogió la leña y regresó dentro, a la vez que Jason salía del baño.

—Deja que yo me ocupe —dijo él.

—Puedo hacerlo, ya metí algunos troncos hace un rato, cuando dormías.

Dejó la leña en el suelo, se quitó el abrigo y lo volvió a colgar. Cuando se dio la vuelta, la estufa ya estaba llena.

—¿Dónde te hirieron?

—Me hirieron en el hombro, costado y muslo. Los médicos me dijeron que tuve suerte de que las balas no tocaran ningún órgano vital. Los músculos y los tendones del muslo están tardando en curar. Todavía no puedo soportar el peso en esta pierna. Me dijeron que con el tiempo, podría volver a caminar sin ayuda —dijo y se giró hacia ella—. Excepto cuando cambia el tiempo, el hombro y el costado no me duelen demasiado. No sé por qué demonios te estoy contando esto.

Se quedaron mirándose unos segundos antes de que él se diera media vuelta y se fuera a su cama. Se sentó y se quitó las botas, los calcetines y los vaqueros. Después, se quitó el jersey, quedándose en calzoncillos y camiseta.

—¿No vuelves a la cama? —preguntó él, en tono impaciente.

—Sí.

Levantó el borde de la manta y dio un paso, cuando de repente le oyó hablar.

—¿Leslie?

—¿Sí?

—¿Me tienes miedo?

—En absoluto.

—Entonces, quita esa manta. Impide que te llegue el calor.

Sintiéndose una estúpida, tiró de la manta hasta que cayó.

—Nunca me aprovecharía de ti —añadió él—. Por favor, créeme.

Ella se giró y miró su figura en la penumbra.

—Te creo.

—¿Leslie?

Ella sonrió para sí misma. Las medicinas debían de seguir haciendo efecto, porque seguía muy locuaz.

—¿Sí?

Hubo una larga pausa.

—Nada, no importa.

—¿Necesitas algo?

—No —contestó—. Olvídalo.

Ella se acercó a su cama y se agachó junto a él.

—Dime, Jason.

—Estaba pensando que quizá estaríamos más calientes si compartiéramos cama. Pero ya te he dicho que era una tontería —dijo y se estiró bajo las sábanas—. Buenas noches.

—¿Jason?

—¿Qué?

—¿Quieres que duerma contigo?

Sentía alivio de que no pudiera darse cuenta de su vergüenza ni de cómo su corazón había comenzado a latir con más fuerza.

—No estoy en condiciones de hacer nada más que abrazarte.

Leslie se puso de pie.

—Está bien.

Se sentó en la cama, junto a él. Aquello era una novedad para ella. Nunca antes había dormido con nadie.

La conversación que habían tenido antes, debía de haberle traído dolorosos recuerdos. Si no, estaba segura de que no le habría pedido aquello.

Lo miró y se dio cuenta de que había cambiado de postura y ahora daba la espalda a la pared.

¿Debería colocarse mirándolo? La cama era demasiado estrecha para tumbarse de espaldas. Él puso fin a su indecisión, pasándole un brazo por la cintura y atrayéndola hacia él.

—¿Estás bien?

A su lado, sintió calor. Fue entonces cuando reparó en el frío

que tenía.

—Sí —susurró.

—Bien —dijo manteniendo su brazo alrededor de ella.

Se quedaron tumbados en silencio. Leslie sentía todos los músculos en tensión.

—Me da la impresión de que no estás acostumbrada a esto.

Ella tragó saliva.

—Tienes razón. Al ser hija única, siempre he tenido mi propia habitación y mi propia cama.

—¿Nunca has pasado la noche en casa de amigas?

—Sí, pero no en la misma cama.

—¿Te sientes incómoda?

—Un poco —dijo tratando de mostrarse relajada—. No exactamente incómoda, pero sí algo rara.

Él bostezó.

—Buenas noches —dijo él.

Leslie sintió su aliento en la nuca. Cerró los ojos, sintió su calor de la cabeza a los pies y dejando escapar un suspiro, fue quedándose dormida.

Jason se despertó de su profundo sueño y descubrió que había una mujer en su cama. Levantó la cabeza y vio a Leslie O'Brien dormida a su lado. Retiró la mano del pecho de Leslie y trató de apartarse, pero la cama era demasiado estrecha y tenía la espalda contra la pared.

Apenas recordaba haberle pedido que durmiera con él. Debía de haber perdido la cabeza. Su cuerpo sabía exactamente lo que quería hacer con aquella mujer cuyo trasero se arrimaba a su potente erección.

Miró alrededor de la habitación y se dio cuenta de que la electricidad había vuelto. Pensaba que había apagado la luz de la mesa, pero estaba equivocado.

Leslie se movió. El se apartó lo que pudo, pero enseguida descubrió que no había sido una buena idea porque le proporcionó espacio para darse la vuelta y estirarse.

Se quedó a la espera de que abriera los ojos y se asustara. Sin embargo, ella los abrió lentamente, lo miró y sonrió soñolienta.

—Buenos días —dijo ella, acariciándole la cara—. ¿Has dormido bien o te he molestado?

Sus dedos eran cálidos contra su mejilla. Ni un santo podría resistirse a aquella mujer. El se inclinó hacia ella y acarició sus labios, pensando que lo apartaría.

Pero una vez más, se había equivocado. Ella acercó su boca a la suya en una inocente respuesta. Con su lengua, recorrió sus labios y ella abrió la boca. El beso duró y duró hasta que Jason supo que tenía que detenerse. No estaba en forma para hacerle el amor, a pesar de la necesidad que sentía de penetrarla.

Se obligó a apartarse y la miró. Su rostro estaba sonrojado y sus labios brillaban por aquel intenso beso.

—Necesito levantarme —dijo él.

—Oh, lo siento —dijo ella y salió de la cama.

Por primera vez desde que llegara, Jason deseó tener su propia manta para preservar su intimidad. Agarró la más cercana, se rodeó la cintura con ella y salió de la cama. Por suerte, ella se había girado y estaba buscando algo en su enorme maleta. Llevaba ropa para varias semanas.

Tomó su bastón y se dirigió al cuarto de baño para ducharse, aunque lo mejor sería abrir la puerta de la cabaña y lanzarse a la nieve.

Una vez bajo la ducha, Jason recordó los dos últimos días. Leslie O'Brien había entrado en su vida y la había puesto del revés. Al pensar en los últimos meses, se dio cuenta de que no quería continuar hibernando, no quería continuar lamiéndose las heridas, tanto físicas como emocionales.

Desde que llamara a su puerta, no había dejado de preguntarse hacia dónde se dirigía Leslie cuando su coche quedó atrapado en la cuneta. De repente, quería saberlo todo sobre ella. Tan pronto como se secara y se vistiera, tenía intención de averiguarlo.

Leslie estaba de muy buen humor. Se había despertado un par de veces durante la noche y se había sentido reconfortada y protegida. Sonrió al recordarlo. Por primera vez había entrado en calor desde que su coche se saliera de la carretera. Se preguntó de dónde habría sacado el coraje para acceder a dormir con él. Comenzó a vestirse y reparó en la luz que había sobre la mesa. La electricidad había vuelto durante la noche.

Decidió que haría tortitas esa mañana. Mientras las preparaba, canturreó recordando el beso que se habían dado.

Cuando Jason salió del cuarto de baño, recién afeitado, el desayuno estaba sobre la mesa.

—¿Estás listo para desayunar?

—Un momento. Tengo que vestirme.

Ella se giró, como si estuviera haciendo algo en la cocina. Después de todo, él necesitaba tener intimidad.

Cuando se acercó a la mesa, ella retiró la mirada para no dejarse llevar. Le gustaba el olor de su loción para después de afeitar y cómo su pelo castaño se rizaba en la nuca. Su sonrisa hacía que se le doblaran las piernas.

Leslie se preguntó si se hubiera sentido atraída por cualquier hombre con el que hubiera dormido. Era difícil saberlo. Todo su cuerpo se estremecía cada vez que lo miraba.

—Esto parece delicioso —dijo él sentándose.

—Gracias —dijo sentándose frente a él.

Estaban a punto de acabar el desayuno cuando Leslie oyó un fuerte sonido procedente de la carretera. La sensación de tranquilidad se desvaneció.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó con voz temblorosa.

Jason se detuvo y escuchó, luego siguió comiendo. Dio un sorbo de café antes de hablar.

—Las máquinas quitanieves. Parece que están despejando las carreteras.

—Oh —dijo ella tragando saliva. La realidad hacía acto de presencia—. Entonces, puedo llamar a alguien para que saque mi coche de la cuneta.

—Puedes llamar, pero no sabemos cuánto van a tardar en venir hasta aquí. Estoy seguro de que no eres la única cuyo coche se ha quedado en la cuneta. No quiero ser aguafiestas, pero con la cantidad de nieve que ha caído, las máquinas enterrarán tu coche. ¿Has visto alguna vez cómo funcionan?

Ella negó con la cabeza. Trataba de tranquilizarse. No había por qué tener pánico. Aquellos hombres, aunque averiguaran que tenía un coche alquilado, no la encontrarían allí.

—Parece que después de todo voy a quedarme contigo más tiempo —dijo ella.

Él tomó el último trozo de tortita y lo saboreó.

—Trataré de hacerme a la idea —dijo él y se rió al ver su

expresión—. Es broma, Leslie. No tengo prisa porque te vayas. Me gusta tu compañía.

—¿De veras?

—Desde luego —respondió él y poniéndose de pie, comenzó a quitar la mesa.

—¿Te sientes mejor esta mañana? —preguntó ella, llenando el fregadero de agua y jabón.

—Sí y no. Probablemente he pasado la mejor noche desde que dejé el hospital.

—¿Por la medicación?

—Quizá, pero he descubierto que duermo mucho mejor contigo entre mis brazos.

—Me alegro de haber sido de ayuda —dijo sonrojándose y se concentró en fregar los platos.

—Mientras estaba en la ducha, me he dado cuenta de que yo he hablado mucho y tú, muy poco. Sé que te crió tu madre, que murió y que trabajas para una firma de auditores.

Ella se obligó a mirarlo sonriente.

—Fui al colegio, obtuve buenas calificaciones, me licencié en la Universidad y acepté el primer trabajo que me ofrecieron. Llevo allí desde siempre.

—Pero siento curiosidad. ¿Qué te ha hecho venir hasta Michigan en esta época del año?

¿Qué podía decir? No quería mentir. Quizá aceptara la verdad. Le resultaba difícil asumir lo que había pasado, mucho más hablar de ello.

Limpió la encimera y se giró hacia él.

—Creo que… —comenzó Leslie y se detuvo—. ¿Las máquinas quitanieves limpian también la entrada de la cabaña?

—No, tendré que buscar a alguien para que lo haga. ¿Por qué?

—Porque he oído algo —dijo mirando por la ventana y agachándose rápidamente para ocultarse.

¡Eran ellos! ¡La habían encontrado! ¿Qué podía hacer? ¿Dónde podía esconderse?

—Leslie, ¿estás bien? ¿Has resbalado con algo?

—No, esos hombres del coche… Me están buscando… Vine hasta aquí confiando en que no me encontraran.

Caminó a gatas bajo la ventana y se incorporó. Corrió hasta su

cama y apartó las sábanas. Miró a su alrededor, vio un baúl y echó dentro las sábanas. Entonces, tomó su maleta y la metió bajo la cama. Cuando se giró y lo vio, él la estaba mirando como si hubiera perdido la cabeza.

Lo cierto era que estaba a punto de hacerlo.

—Voy a esconderme en el baño. Por favor, no dejes que entren. No deben encontrarme. Por favor, ayúdame.

—Claro —dijo él—. No hay nadie más que yo aquí.

Ella se metió en el baño y se escondió entre el mueble del lavabo y la bañera. Dejó la puerta abierta para que pareciera que el baño estaba libre. Además, quería oír todo lo que se dijera.

Leslie esperó en aquella incómoda posición durante lo que le pareció una eternidad, escuchando el sonido de la nieve al pisar. Por fin los pasos llegaron al porche y llamaron a la puerta.

Desde donde estaba, pudo ver que Jason había tomado su pistola antes de ir a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—La policía.

Capítulo 5

¿La policía? ¿Qué demonios...?

Jason se giró y miró hacia la puerta del baño, que estaba entreabierta. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Por qué estaba la policía buscando a Leslie? ¿Qué había hecho? Por alguna razón, aquello no parecía tener nada que ver con una multa de tráfico.

Rápidamente, ocultó la pistola en la parte de atrás de la cintura, bajo el jersey, y abrió la puerta.

El reflejo del sol en la nieve lo deslumbró.

Miró a los dos hombres que estaban en el porche, ambos con uniformes y gafas de sol. Uno era alto y delgado, de unos treinta y cinco años; el otro, era de corta estatura y el poco pelo que le quedaba era gris. Ambos exhibían sus placas para que las vieran. Jason se tomó su tiempo y comprobó las fotos. El alto se llamaba Leonard Cowan y el otro, Bryce Denton.

Según sus identificaciones, ambos eran ayudantes del sheriff de Deer Creek, Tennessee. No comprendía por qué se había asustado al verlos. Todo parecía indicar que eran quienes decían ser.

No le gustaba la idea de que Leslie se estuviera ocultando de la policía.

Jason se quedó en el umbral de la puerta, sin invitarlos a pasar.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó por fin.

Leonard contestó con su voz profunda.

—Eso esperamos. Estamos buscando a una fugitiva. ¿Ha visto a esta mujer?

Jason miró fijamente la fotografía de Leslie.

¿De veras era una fugitiva? Con razón no quería que aquellos hombres la vieran. Después de estudiar detenidamente la foto, se la devolvió.

—Lo siento, pero no. No suelo tener visitas y mucho menos en invierno. ¿Por qué la buscan?

—Eso no importa —contestó Bryce—. Necesitamos encontrarla.

Leonard sonrió a Jason.

—Sólo hacemos nuestro trabajo.

—¿Qué les hace pensar que está en Michigan? Según sus identificaciones, ustedes son de Tennessee. ¿De dónde se ha escapado?

—No estamos aquí para contestar preguntas. Buscamos respuestas —contestó Bryce.

—Lo siento. Como les digo, no suelo tener visitas y creo que he olvidado mis modales.

—Si por casualidad apareciese, llámenos. Tenemos motivos para creer que está en esta zona —

dijo Leonard, entregándole su tarjeta—. Este es el número de mi teléfono móvil. Puede llamarme a cualquier hora del día o de la noche.

—Claro, aunque no logro entender por qué alguien huiría a Michigan desde Tennessee. Ha debido de hacer algo muy serio para venir hasta aquí en esta época del año.

En vez de contestarle, los dos hombres se dieron la vuelta. Jason cerró la puerta y se quedó esperando hasta que oyó el motor. Después, se oyó el chirriar de las ruedas y se acercó a la ventana.

Manteniéndose fuera de su vista, observó cómo el coche se negaba a avanzar, por lo que el conductor se vio obligado a dar marcha atrás y salir por el mismo camino por el que había llegado.

Si por alguna razón habían sospechado de él, podían regresar, aunque lo dudaba.

Aquellos dos hombres estaban tan fuera de lugar como lo estaba Leslie. Se dirigió al otro lado de la cabaña y abrió la puerta del cuarto de baño.

Estaba agachada entre el lavabo y la bañera con la cabeza entre las rodillas. Todo su cuerpo temblaba.

La observó. Aquella mujer estaba asustada y tenía que averiguar inmediatamente por qué.

—Ha sido toda una sorpresa descubrir que eres una fugitiva de la justicia. Nunca lo hubiera imaginado. ¿Qué te parece si me cuentas qué demonios está pasando? Quiero saber a qué me expongo por ayudar a una delincuente.

No podía respirar. Le dolía el pecho y necesitaba aire. Sintió sus brazos alrededor de los hombros y lo miró.

—Parece que estés a punto de desmayarte —dijo el impacientemente—. Ven conmigo y hablemos.

No estaba segura de que las rodillas pudieran sostenerla. Jason se había dado media vuelta para salir, lo que le vino bien porque estaba a punto de vomitar el desayuno. Cuando terminó, estaba de

rodillas otra vez.

Jason le dio una toalla húmeda. Ella se secó la boca y se puso de pie. Se lavó la cara y se enjuagó la boca antes de mirarlo.

—Gracias —dijo, sin saber si se refería a la toalla o a haber mentido por ella.

Él fue a la cocina y sirvió dos tazas de café. Le dio una a ella y dejó la suya en la mesa.

—Siéntate —dijo señalando con la cabeza una silla.

Ella obedeció y dio un sorbo de café.

Jason se preguntaba por qué estaba tan preocupado por ella. ¿Acaso no había reparado aquella misma mañana en que no sabía nada de ella? Tenía que conseguir algunas respuestas.

—¿Se trata de alguna estafa?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, ¿de qué se trata? No juegues conmigo, maldita sea. Quiero escucharlo todo y que me digas la verdad.

Leslie había trabajado hasta tarde aquel viernes porque tenía trabajo atrasado y no había salido del edificio en el que estaba su oficina en el centro de Deer Creek hasta casi las nueve.

En aquel momento, el aparcamiento estaba prácticamente desierto y había tenido que atravesarlo hasta su coche, aparcado junto a un contenedor de escombros. Al acercarse, había visto a tres hombres hablando entre dos coches. Nunca le había gustado estar sola por la noche, así que aceleró el paso. Las suelas de goma amortiguaban sus pisadas. Ninguno de los hombres se giró y ella se dio prisa para llegar hasta su coche, aliviada por haber aparcado en aquel sitio escondido.

Casi había llegado hasta su coche cuando oyó un sonido extraño. Miró a los tres hombres y vio cómo uno de ellos caía al suelo. El más alto sostenía un arma en la mano y le hizo un gesto al otro para que recogiera al hombre al que acababa de disparar.

Leslie no había podido creer lo que acababa de ver. Llegó a su coche y con cuidado abrió la puerta. Una vez dentro, echó los cierres de las puertas.

Había comenzado a tener sudores fríos. Acababa de presenciar un asesinato y tenía que salir de allí y llamar a la policía. Arrancó el coche e inmediatamente se puso en movimiento. Oyó un disparo. Miró por el espejo retrovisor y vio cómo uno de los hombres la

perseguía. Apretó el acelerador y salió a la calle.

De pronto, se había percatado de que uno de los coches del aparcamiento la estaba siguiendo a toda prisa. Al llegar a una curva, giró el volante y entró en una zona residencial. Había pensado que lo había perdido hasta que lo vio aparecer girando en la esquina. Giró una y otra vez, con las luces apagadas, aun sabiendo que las luces de freno la delatarían. Finalmente, al tomar otra de las calles y, tal como había visto hacer en las películas, había entrado en el camino de acceso de una casa y se había detenido, ocultándose entre las sombras. El coche pasó de largo.

Nunca había sentido tanto alivio como cuando llegó al edificio donde estaba su apartamento.

Había ocho apartamentos, cuatro arriba y cuatro abajo. Aparcó en la parte trasera del edificio para que no se pudiera ver su coche desde la calle. No había querido correr el riesgo de que la encontraran.

Cuando llegó a casa eran las diez y media. Había pasado tanto en tan poco tiempo, que habría creído que fueran las dos o las tres de la madrugada.

Llamó a la oficina del sheriff y explicó lo que había visto. El oficial anotó su nombre y su dirección y le dijo que mandaría a un par de agentes para interrogarla.

Después de habérselo notificado a las autoridades, continuaba intranquila, así que decidió ir a ver a su vecina Teri, que vivía al otro lado del pasillo.

—¿Qué pasa? Parece que hayas visto un fantasma.

—Yo… he visto algo esta noche que no debería haber visto y estoy asustada.

Teri la tomó de la mano para hacerla pasar a su apartamento y se sentaron en el sofá.

—¿Qué demonios ha pasado?

—He visto cómo mataban de un disparo a un hombre esta noche.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde? ¿Dónde estabas? ¿Y dónde estaba él?

Leslie le contó brevemente lo que había presenciado.

—¿Podrías identificar a esos hombres? —le había preguntado Teri.

—Sí, el aparcamiento estaba bien iluminado. Uno de ellos me

siguió y pude verlo bajo la luz de las farolas. No había visto a ninguno de aquellos hombres en mi vida. Me fui después de ver aquello y el otro me siguió por toda la ciudad.

—Has tenido suerte de poder llegar a casa. ¿Estás segura de que no te han seguido?

—Ya no estoy segura de nada.

—Te prepararé un té. ¿Y dices que agentes del sheriff están de camino?

—Sí, tengo que tranquilizarme para cuando me tomen declaración. No quiero dar la impresión de que soy una histérica con una gran imaginación.

—Cariño, tienes derecho a estar histérica.

Leslie recordaba haberse sentado junto a la ventana a esperar que llegaran los agentes mientras tomaban el té.

Unos minutos más tarde, al ver llegar el coche patrulla, había comenzado a sentirse aliviada.

Pero cuando los oficiales se bajaron del coche, se había percatado del peligro en el que estaba.

—¿Quieres decir que uno de los hombres que han estado aquí mató de un disparo a alguien?

—la interrumpió Jason.

Ella asintió.

—No podía verlos desde el baño, pero reconocí sus voces cuando los oí hablar con Teri. Eran los mismos hombres que había visto en el aparcamiento —respondió.

Le castañearon los dientes. La habían encontrado, a pesar de todo lo que había hecho.

Vio que Jason la miraba incrédulo. No parecía creerla y tenía el número de teléfono del agente.

En cualquier momento, podía llamarlo y, ¿qué podía hacer para detenerlo?

Leslie miró la nieve de fuera y supo que no tenía forma de escapar.

—¿Es por eso por lo que te arrestaron? —preguntó él.

—Nunca más volvieron a verme. Lo que te han contado es mentira.

—Es bueno saberlo, aunque no te culparía si hubieras hecho lo posible por huir de ellos.

Se quedó más tranquila. Por alguna razón, Jason había decidido creerla.

Él la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Todo va a salir bien.

—No si me han seguido hasta aquí. No tengo ningún sitio más adónde ir.

—Me pregunto cómo lograste huir de ellos. ¿Qué hiciste después de darte cuenta de que eran ellos?

—Sentí pánico. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tenía pensado hacer una declaración y continuar como si nada hubiera pasado. Pero con mi llamada, les había dicho quién era y cuál era mi dirección.

—¿Sabe el sheriff todo esto?

—No tengo ni idea, pero no estaba dispuesta a quedarme para averiguarlo —dijo apoyando la cabeza en su hombro.

Su fuerte y cálido abrazo la reconfortaba.

—Cuéntame qué hiciste después.

—Si no hubiera sido por Teri, no hubiera llegado hasta aquí. Me dijo que fuera a su habitación y cerrara la puerta, que ella se ocuparía de todo. Los escuchamos subir la escalera. Llamaron a mi puerta y al cabo de unos segundos, volvieron a llamar gritando mi nombre.

Teri abrió la puerta con la cadena echada.

—¿Qué demonios les pasa? —preguntó—. Hay gente aquí que está tratando de dormir.

—Hemos recibido una llamada de la señorita O'Brien denunciando un crimen. Dijo que nos encontraríamos aquí para que nos contara todos los detalles.

Teri quitó la cadena y abrió la puerta.

—No debe de estar, si no, ya habría abierto la puerta. Nadie podría dormir con todo ese escándalo.

—Tiene que estar aquí. La llamada la ha hecho desde su teléfono.

—¿De veras? ¿Creen que alguien ha podido entrar en su apartamento?

Los hombres se miraron entre sí.

—Será mejor que nos aseguremos.

—Tengo la llave de su apartamento por si ocurre alguna

urgencia. Espero que mi marido pueda seguir durmiendo después de esto. Será mejor que vaya y le diga lo que está pasando.

Leslie había dejado la puerta del dormitorio entreabierta, pero el dormitorio estaba a oscuras y sabía que no podrían verla. Dio un paso atrás cuando Teri entró y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Si no supiera lo que está ocurriendo, te habría creído. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a dejar que entren en tu apartamento. Echaremos un vistazo y les diré que todo parece estar bien y me desharé de ellos.

Fue exactamente lo que hizo Teri. Leslie esperó a oír que bajaban la escalera y encendían el motor del coche patrulla. Teri regresó junto a ella y, desde la ventana del dormitorio, vieron cómo el coche se marchaba.

—Ha funcionado —dijo Leslie.

—Sí, por el momento. Ahora, tenemos que sacarte de la ciudad. ¿Tienes algún lugar donde puedas ir y no te encuentren? No pararán hasta dar contigo. No pueden arriesgarse a dejarte escapar.

A Leslie le llevó algunos minutos pensar con claridad.

—Tengo un primo, Larry, que vive en Grand Rapids, Michigan. Su mujer y él tienen una cabaña de verano junto a uno de los lagos.

Teri se vistió deprisa.

—Bien, llámalo mientras yo te consigo un medio de transporte.

—Oh, ya has hecho suficiente, Teri. Tomaré el autocar hasta Nashville y de allí volaré a Grand Rapids.

—Eso es exactamente lo que esperan que hagas. Mira, cariño, esos hombres van en serio. Te estarán esperando cuando salgas del avión. No hay ningún motivo para que dejes un rastro que puedan seguir. Ed, el mecánico, alquila coches de vez en cuando y vive junto al taller. Dile que necesitas el coche unos días porque te ha surgido una urgencia. No es una empresa de alquiler de coches oficial, así que será difícil que esos hombres puedan seguirte.

Una vez que Teri se fue, Leslie cruzó el pasillo hasta su apartamento. Sin encender las luces, se apresuró a entrar en su habitación y sacó la vieja maleta de su madre. Abrió los cajones y comenzó a lanzar ropa sobre la cama. Haría frío en el norte, así que guardó toda la ropa de invierno que pudo.

Tomó su agenda y regresó al apartamento de Teri con la maleta.

Si intervenían su teléfono, probablemente no se les ocurriría comprobar las llamadas de Teri. Con la imaginación de su vecina, Leslie estaba segura de que sabría dar una buena explicación a una llamada a Michigan.

Leslie miró a Jason.

—Desperté a mi primo. Me disculpé y le pregunté si podía usar su cabaña. Me dijo dónde encontrar la llave y colgó. Dudo que después recordara la llamada —dijo y después de hacer una pausa, continuó—: Me limité a usar dinero en metálico para no dejar rastro y, sin embargo, aquí están, pisándome los talones y diciendo mentiras sobre por qué me están buscando.

—Tienen motivos para hacerlo. Tienes una información que puede ponerlos tras las rejas.

¿Llevaban uniformes cuando los viste en el aparcamiento?

—Creo que no, pero llevaban uniformes cuando los vi acercarse a mi edificio.

El se puso de pie y comenzó a caminar cojeando.

—Te estás apoyando en la pierna herida —dijo ella sorprendida.

Se sirvió café y alzó la cafetera a modo de invitación. Ella sacudió la cabeza y Jason volvió a dejarla en su sitio.

—Si voy a ayudarte a salir de ésta, tendré que usar las dos piernas.

—Debe de dolerte.

—Estoy acostumbrado. Además, esto es más importante.

—No tienes por qué involucrarte, es demasiado peligroso.

—¿Y qué harás? Si te están buscando a lo largo de esta carretera, seguramente han encontrado ya la cabaña de tu primo.

—Entiendo. Me imagino que pueden utilizar los medios de la policía para averiguar todo tipo de cosas.

—Yo también puedo —dijo él, sonriendo peligrosamente.

—¿De veras? ¿Estás conectado a la policía?

—No, mejor aún. Tengo un contacto que tiene toda la información federal a su disposición.

—¿Quién?

Jason descolgó el teléfono mientras contestaba.

—Mi hermano.

Capítulo 6

Jason marcó el número y esperó a que diera la señal. Cuando la telefonista de la Agencia Nacional de Seguridad contestó, Jason pidió hablar con su hermano Jude.

—Un momento, por favor.

Esperó mientras transferían la llamada.

—Oficina del señor Crenshaw —dijo una voz masculina.

—Me gustaría hablar con él, si es posible.

—Lo siento. El señor Crenshaw está en una reunión y me ha pedido que no le pase llamadas.

—Entiendo. ¿Podría decirle que llame a su hermano...?

—Oh, no me he dado cuenta... Tengo órdenes de pasarle las llamadas de su familia en cualquier momento. Espere, por favor.

Pasaron unos minutos antes de que Jason escuchara otro clic en la línea.

—Hola, hermano. Me alegro de oírte. ¿Te importa decirme quién de todos eres? —preguntó Jude entre risas.

—Soy Jason. Mira, necesito...

—Jason, me alegro de escucharte. ¿Cómo estás? ¿Estás en casa o en el extranjero? ¿O acaso no puedes decírmelo?

Jason suspiró. Ahora se enfrentaba al hecho de no haberle dicho antes a su familia lo que le había pasado, pero ya nada podía hacer. Leslie necesitaba ayuda.

—Estoy en Michigan. Mira, yo...

—¡En Michigan! ¿Quién te ha mandado allí?

—Mira, estoy de permiso, ya te daré más detalles. Necesito contarte el motivo de mi llamada.

—Dispara.

Jason le dio toda la información que Leslie le había transmitido.

—Esta mañana vinieron a buscarla y no creo que vayan a olvidarse de ella así como así.

Necesito tu ayuda.

—La tienes.

—¿Puedes averiguar todo lo que puedas de las autoridades del Condado de Deer Creek, Tennessee? Quizá esos dos hombres sean parte de una operación mayor.

—De acuerdo, ¿algo más?

—Necesito encontrar un lugar seguro para que Leslie se quede hasta que todo esto se resuelva y esos tipos estén en la cárcel.

—Déjame adivinarlo —dijo Jude riendo—. Es soltera, bonita y vas tras ella.

—No te equivocas demasiado, pero todo eso es aparte. ¿Sabes de algún lugar seguro...?

—Claro. Y tú también.

—¿A qué te refieres?

—Llévala al rancho.

Jason sintió como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Nunca se le habría ocurrido el rancho y mucho menos ir con ella. No estaba preparado para volver. Después de todo, estaba cómodo en la cabaña. Allí tenía todo lo que necesitaba, además de tiempo para curarse de sus heridas. Claro que ahora que Jude sabía dónde estaba, el resto de la familia se enteraría en pocas horas.

—¿Jason? ¿Sigues ahí?

—Sí, claro. Es que no se me había ocurrido llevarla a ningún sitio, mucho menos a casa.

—Probablemente porque sabes que vas a pasar por un infierno por haber elegido Michigan en lugar de Texas para pasar tus días de permiso.

No tenía nada que hacer. La miró y la vio sentada observándolo, con los ojos llenos de terror.

No tenía a nadie en quien confiar, excepto su amiga Teri y ya le había dejado claro que no quería involucrarla más de lo que estaba. Por otro lado, si se iba a casa, no podría ocultar el hecho de que lo habían herido.

—¿Jason?

—¿Sí?

—No me digas que temes enfrentarte a nuestros padres y por eso no quieres ir a casa. ¿Qué pasa?

Había llegado el momento de confesar.

—No quería que nadie se enterara hasta que no estuviera del todo bien. Mi brigada sufrió una emboscada hace unos meses. Los que sobrevivimos, fuimos heridos gravemente.

Jude tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz era calmada como la de su padre. Cuanto más enfadado estaba su padre, más tranquila era su voz.

—Entiendo. ¿Así que no creías necesario decirle a tu familia que estuviste a punto de morir?

—Recibí un disparo en una pierna, otro en el costado y otro en el hombro. Pero ya estoy mejor.

Era peor de lo que se había imaginado. Jude siempre había tenido facilidad para hacerle sentir mal. Quizá fuera porque estaban más cerca en edad que sus otros dos hermanos. Jude siempre había sido su modelo a seguir, incluso cuando de adolescente se metía en problemas.

Jason se había alistado en el ejército al igual que hiciera Jude. Y cuando tuvo la oportunidad de convertirse en miembro de las fuerzas especiales, lo había hecho al igual que su hermano.

—Tienes razón —dijo Jason sin poder ocultar el tono de su voz.

—Si crees que eso lo va a arreglar todo, piénsalo otra vez.

—No me atrevía a contároslo. Me sentía avergonzado.

—¿Por qué? ¿Por haber estado a punto de morir?

—Por no haber salvado a los que perdimos.

—El complejo del Mesías. Estás lejos de ser un dios, así que olvídalo.

Jason no dijo nada. No podía decir nada. Se le había formado un nudo en la garganta.

—Jason, ¿sigues ahí?

—Sí.

—Háblame.

Jason se aclaró la garganta.

—Me siento raro. Pero tu regañina me está haciendo sentir mejor.

—Bueno, deberías estar acostumbrado. Al menos estás mostrando cierta preocupación por alguien, aparte de ti. Dime una cosa sobre tu amiga: ¿Cómo has dicho que se llama?

—Leslie O'Brien. Es contable y vive en Deer Creek, Tennessee.

—¿Cuántos años tiene? ¿Qué aspecto tiene?

—Jude, déjalo.

—Está bien. ¿Por qué no quieres llevarla a casa para que conozca a la familia? No te avergüenzas de ella, ¿verdad?

—No es eso, Jude —respondió mirando a Leslie, que continuaba observándolo atentamente—.

Se presentó aquí antes de ayer en mitad de una tormenta de

nieve. Apenas nos conocemos.

—No importa —dijo Jude—. ¿Recuerdas el nombre de los dos policías?

Jason se lo dijo. Jude los repitió mientras los escribía.

—¿Saben cómo te llamas?

—No. Si comprueban los datos en las escrituras, seguirán sin saberlo porque estoy en la cabaña de un amigo.

—Eso hará que sea mucho más fácil quitárselos de encima. ¿Crees que los convenciste de que no la habías visto?

—Quizá. Su coche se quedó en una zanja de la carretera, pero puesto que las máquinas quitanieves han hecho su trabajo, dudo que hayan podido verlo.

—¿Crees que podrán reconocerlo si lo ven?

—No lo sé. No sé cómo han podido seguirla hasta aquí. Desde luego, son buenos investigando.

—Tienen motivos para serlo. ¿Tienes coche?

—Sí, un viejo jeep. ¿Por qué?

—Tienes que llegar a Texas sin que las autoridades sospechen de ti.

—No sé, Jude. No sé si podré conducir durante tantos kilómetros.

—¿Puedes caminar?

—Sí, con la ayuda de un bastón. Fui herido en la pierna derecha, así que...

—Deja que Leslie conduzca.

Una vez más, Jason la miró. Ahora tenía la vista perdida, como si estuviera en otro sitio.

—Eso funcionará —dijo por fin.

—Entonces, esto es lo que haréis: vete a un concesionario de coches y cómprate uno para llegar a Texas. Luego puedes dejarlo en el rancho, una vez acabe tu permiso.

—Sí, podría hacer eso. Me gusta la idea de que una mujer guapa sea mi chófer.

Eso atrajo la atención de Leslie y lo miró sorprendida.

—Bien. Sal de ahí en cuanto puedas. Avisaré en el rancho de que estás de camino.

—Gracias, Jude.

—Claro que eso no te libra de que todo el mundo vaya a estar

enfadado contigo.

Jason sonrió sintiendo que se libraba de un gran peso.

—Por cierto —dijo Jude—. ¿Te has enterado de que fui padre la semana pasada?

—¿De veras? Enhorabuena. ¿Es niño o niña?

—Lo cierto es que son dos niños. Carina y yo hemos tenido gemelos.

Jason rompió a reír.

—Me gustaría verte levantándote a las dos de la mañana para darles de comer.

—Estoy empezando a acostumbrarme.

—Bueno, te dejo. Siento haberte sacado de tu reunión.

—Yo me alegro. Estaba empezando a quedarme dormido. A algunas personas les gusta tanto oírse que no saben parar. Sigue en contacto, ¿de acuerdo? Necesito saber dónde estás, especialmente si ves a esos tipos. Averiguaré si pasa algo en ese condado. Si no hay nada, me aseguraré de que haya una investigación.

—Gracias por todo, Jude.

—Para lo que quieras, hermano.

Jason colgó y se quedó mirando el teléfono mientras recordaba la conversación.

—Tu hermano y tú estáis muy unidos, ¿verdad? —dijo Leslie, sacándolo de sus pensamientos.

—Sí —respondió él acercándose al sofá.

—¿Ha tenido un bebé recientemente?

—Sí, dos gemelos. Se me ha olvidado preguntarle sus nombres.

—¿Qué sugiere que hagamos?

—Dice que vayamos a Texas, tan pronto como consiga un medio de transporte.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Por qué Texas?

—Porque allí es donde vivo cuando no estoy de servicio.

—No lo entiendo. ¿Por qué espera que te quedes conmigo?

—Creo que es su manera de asegurarse de que vaya a ver a la familia.

—Odio tener que ser yo el motivo por el que te vayas de aquí.

El se encogió de hombros.

—No importa. En cuanto le dije que estaba en el país y que no

había ido a casa, se enfadó.

Tengo que ir a verlos o comenzarán a imaginarse que me ha pasado todo tipo de cosas. Lo cierto es que es un buen plan. Puedo dejar que conduzcas, si no te importa, y yo acabaré de recuperarme en casa.

—Pero no conozco a tu familia.

—Tampoco me conocías a mí y ya estamos planeando hacer un viaje juntos.

Ella frunció el ceño.

—Supongo que tienes razón —dijo e hizo una pausa antes de continuar—. Te escuché decir que no podías conducir. Podemos usar mi coche.

—No es una buena idea. Creo que descubrirán dónde vive tu primo. No hay duda alguna de que ya han hablado con el hombre que te alquiló el coche y probablemente hayan puesto, una denuncia por vehículo robado.

—Oh, no.

—Creo que no deberíamos arriesgarnos. Llevaremos el coche a la ciudad y pagaremos para que alguien lo lleve de vuelta a Deer Creek. Por si le parasen por alguna razón, le daré los datos de Jude en Washington como referencia. Quizá decidan no continuar por ahí. Creo que también sería buena idea que Jude llamara a tu vecina para saber si esos dos tipos la han estado molestando. ¿Se te ocurre algo que pueda decirle Jude para asegurarle de que llama de tu parte y que no es un truco para averiguar dónde estás?

Ella se quedó pensativa durante unos segundos.

—Tiene una iguana llamada Sam. No mucha gente lo sabe, ya que no podemos tener mascotas en los apartamentos.

—Bien, llamaré a Jude a su casa esta noche. Tenemos muchas cosas que hacer antes de que anochezca.

—Me siento fatal por mezclarte en todo esto.

—Nos guste o no, ya estoy implicado. No se me ocurre otra manera de mantenerte a salvo que llevarte a un sitio donde nunca te buscarían.

—¿No les importará a tus padres?

—En absoluto. No tienen nada que ver conmigo, ellos sí son encantadores.

—Tú también lo eres.

—Eso no es lo que pensaste nada más conocerme.

—Cierto. Pero me imagino que estabas sintiendo mucho dolor y no te agradaba la idea de tratar con nadie.

—Creo que me he acostumbrado a estar contigo.

—Bueno —dijo ella suspirando—. Mis opciones eran escasas en aquel momento. Gracias por estar dispuesto a llevarme a tu casa.

—Serás bienvenida. Ahora que ya hemos decidido lo que vamos a hacer, llamaré a una grúa para que recoja tu coche. Iremos con el conductor hasta la ciudad y compraré un coche.

—¿Comprarás un coche así como así?

El sonrió.

—El caso es que todos los Crenshaw reciben una asignación de los diferentes negocios que tiene la familia. He estado ahorrando mi parte porque no lo necesitaba. Creo que tendré suficiente para comprar un coche —dijo sonriendo.

Tomó las páginas amarillas y buscó una compañía de grúas.

Unas horas más tarde, estaban en un concesionario de coches. Leslie se sentía como en un sueño, nada de aquello le parecía real. Vio cómo Jason explicaba al encargado la clase de coche que quería. Una vez que el encargado supo que Jason estaba dispuesto a pagar en metálico, las cosas fueron rápido.

Jason se decidió por un coche deportivo y en menos de una hora, salían del concesionario en dirección a la cabaña.

—Compras un coche como yo compro unos zapatos —dijo ella rompiendo el silencio que se había creado entre ellos.

—Crees que puedes conducir sin quedarte atascada en la nieve? —dijo él distraídamente.

—Probablemente no —contestó ella mirándolo por el rabillo del ojo.

—Es lo que me temía —dijo él sacando el teléfono móvil de un bolsillo y marcando un número

—. Hola, Kevin. Sé que te estoy avisando con muy poco tiempo, pero necesito despejar el camino de entrada a mi casa cuanto antes. Te pagaré el doble si vienes ahora —se hizo una pausa—. Me parece bien. Estoy regresando de la ciudad, seguramente llegues tú antes.

Cuando llegaron al camino de entrada de la cabaña, Leslie vio a un joven sentado en un tractor que tenía una pala quitanieves insertada en la parte frontal. El camino de entrada estaba

prácticamente despejado.

Jason bajó la ventanilla mientras Kevin se bajaba del tractor y se acercaba hasta donde se habían detenido.

—Un coche muy bonito.

—Gracias.

—¿Hace mucho que lo tienes?

—No demasiado —dijo mientras sacaba la cartera del bolsillo—. Gracias, Kevin: De veras te agradezco mucho tu ayuda.

—Lo que necesites —dijo el muchacho antes de regresar al tractor.

Esperaron hasta que Kevin saliera a la carretera de regreso a casa, para entrar en el camino de acceso a la cabaña.

Leslie detuvo el coche frente al porche.

—No tardaré mucho en recoger mis cosas, ¿y tú? —preguntó ella.

Jason abrió la puerta y salió.

—Tampoco. Tendremos que vaciar la despensa y llevarnos las cosas con nosotros.

—Me puedo ocupar de eso. También puedes decirme qué necesitas llevarte.

En aquel momento, Jason estaba abriendo la puerta.

—No tienes por qué mimarme, Leslie. Estoy acostumbrado a cuidarme yo solo.

Ella lo siguió al interior y cerró la puerta.

—Creí que querías que saliéramos de aquí esta noche. Sólo quería acelerar las cosas.

—Lo siento. Guardo la mayoría de mis cosas en mi armario, así que tengo poco que hacer.

Estaré más tranquilo cuando salgamos de aquí.

Leslie miró alrededor de la cabaña con cierta tristeza.

—Me sorprende lo bien que lo he pasado aquí.

Jason se acercó al armario y dobló algunas de sus cosas. Leslie lo miró, preguntándose qué estaría pensando.

—Quizá se deba a la compañía que has tenido —contestó él y sonrió.

Se sentía más segura sabiendo que Jason estaría con ella.

Capítulo 7

—Quizá deberías haber comprado un coche más grande —dijo Leslie observando a Jason meter las cosas en el maletero.

—Sólo hay que meterlo todo con cuidado.

Después de un par de minutos, Jason se incorporó.

—¿Ves? Te lo dije. Hay más sitio en el maletero de lo que parece, teniendo en cuenta el tamaño del coche —dijo él y tomó el bastón que había dejado apoyado en el parachoques trasero—. Creo que eso es todo —añadió mirando su reloj—. Son casi las ocho. Será mejor que nos pongamos en marcha. Cerraré la cabaña mientras tú enciendes el motor.

Leslie estaba deseando alejarse de aquel frío. El cielo estaba claro esa noche y la temperatura había bajado. Se subió al coche y encendió el motor. Nunca había conducido un coche tan potente como el nuevo deportivo de Jason y se sentía nerviosa tras el volante.

Jason abrió la puerta del acompañante y se sentó.

—Ya está todo. Vámonos.

Una vez llegaron a la interestatal, Jason miró su reloj y sacó su teléfono móvil. Apretó un par de teclas y esperó.

—Hola, soy yo. Estamos en la interestatal, en dirección sur —dijo y después de unos segundos, continuó—: Seguiremos camino hasta que Leslie se canse de conducir. ¿Has averiguado algo de ese condado de Tennessee?

Leslie deseaba poder oír lo que el hermano de Jason estaba diciendo, puesto que éste había dejado de hablar.

—Me parece bien, te llamaré por la mañana —dijo él por fin y colgó.

—¿Has averiguado algo?

Jason se estiró en su asiento.

—Vives en un condado peligroso, señorita O'Brien. Me sorprende que no lo supieras.

Ella lo miró un instante antes de volver a prestar atención a la carretera.

—No sé a qué te refieres.

—Se trata de un lugar donde la ley mira hacia otro lado mientras hay juego y prostitución y hay tipos indeseables que

reciben dinero de los empresarios para —y haciendo el gesto de las comillas con los dedos, añadió—, conseguir protección.

—¿Gánsters?

—Sí, eso es exactamente a lo que me refiero. El FBI tiene allí un agente encubierto debido a la gran cantidad de denuncias que ha habido.

—No tenía ni idea. ¿Saben quién era ese hombre al que mataron?

—Resulta que uno de los ayudantes del alcalde está en paradero desconocido. Corre el rumor de que tomó dinero de las arcas de la ciudad y se largó. Lo curioso es que nadie parece tener interés en buscarlo. Su esposa se niega a creerlo y lo mismo pasa con los federales.

—La cosa se pone peor por momentos, ¿verdad?

—Sí y no. Cuando Jude dijo a los agentes del FBI que había un testigo que había presenciado un asesinato, se alegraron de saber que habías salido de la ciudad. Ahora mismo están tratando de averiguar quién controla las operaciones. Quieren que estés segura y Jude les ha asegurado que lo estás.

—¿Ha hablado con Teri?

—Todavía no. Seguirá intentándolo hasta que lo consiga. Si averigua que está en peligro, lo comunicará para que le pongan protección.

—Eso me hace sentir mejor. Pero hasta que no sepa que está bien, no voy a dejar de preocuparme.

Después, continuaron el camino en silencio. Leslie no prestó atención al tiempo que pasaba puesto que su única preocupación era salir de Michigan cuanto antes. Unas horas más tarde, cruzaron la señal que daba la bienvenida a Indiana y Jason habló por primera vez en dos horas.

—Hay un motel más adelante. ¿Qué te parece si paramos para pasar la noche?

—Por mí, de acuerdo.

Leslie estaba cansada física, mental y emocionalmente. Mientras conducía, no había dejado de recordar todo lo que le había pasado desde que saliera de casa, preguntándose si podría haber hecho algo diferente. Allí estaba, viajando con un hombre al que apenas conocía y pronto se estaría quedando en casa de unos desconocidos.

Se le había pasado por la cabeza llamar a su primo para que supiera dónde estaba, pero después desechó la idea por si acaso estaban rastreando sus llamadas.

Leslie sabía que aquel viaje era difícil para Jason por varios motivos. No parecía estar deseando reencontrarse con su familia.

Una vez tomaron la salida, siguieron las indicaciones hasta que llegaron al motel.

—Será mejor que te quedes en el coche —dijo él una vez se detuvieron frente a la entrada—.

Cuanta menos gente te vea durante el viaje, mejor. Por cierto, ¿de dónde sacaron esa foto tuya?

—No tengo ni idea, a menos que sea la de mi permiso de conducir.

Él asintió.

—Quizá, aunque sinceramente, creo que nadie te reconocerá por esa foto.

Ella sonrió.

—Entonces, eso es bueno.

—Eres más guapa al natural que en la foto. Enseguida vuelvo —dijo él.

Salió del coche, tomó el bastón y lentamente se dirigió al vestíbulo del motel.

Ella se quedó algo aturdida por su comentario. Ninguno de los dos había comentado nada del beso que se habían dado aquella misma mañana. Seguramente, para él no había sido nada.

Pero para ella sí había significado algo y eso la incomodaba. Jason era muy guapo y, cuando quería, encantador. Con todo lo que estaba pasando, Leslie se sentía vulnerable de un modo que nunca había experimentado antes.

Tenerlo tan cerca en el coche tampoco le era de ayuda. El ligero aroma de su loción para después del afeitado unido a su olor masculino resultaba una embriagadora combinación.

Leslie podía verlo junto al mostrador de recepción. Con aquel abrigo de piel vuelta y sus vaqueros, se le veía capaz de hacer frente a cualquiera, aunque fuera con bastón. A pesar de lo tarde que era, había gente en la recepción. Se había dado cuenta de que todas las mujeres con las que se había cruzado de camino al mostrador, se habían fijado en él.

Vio cómo el empleado le entregaba un sobre y le mostraba en un plano cómo llegar a sus habitaciones. Jason asintió y se dio media vuelta. En aquel momento su cojera era muy evidente y supo que debía de estar sintiendo un intenso dolor. Confiaba en que tomara la medicación contra el dolor y así pudiera descansar por la noche.

—No hemos hablado de esto —dijo Jason una vez dentro del coche—, pero debemos quedarnos en la misma habitación. Si alguien te está buscando, no esperarán que formes parte de una pareja. Además, dormiré mejor teniéndote a mi lado.

—Está bien —dijo sin mirarlo mientras encendía el motor.

—¿No vas a discutir? —dijo él después de una pausa.

—Estoy cansada para discutir. Sólo quiero una cama. Al fin y al cabo, hemos dormido en la misma habitación las dos últimas noches.

—Tienes razón —asintió él—. Da la vuelta al edificio. Nuestra habitación está en la planta baja.

El empleado habrá considerado que no estoy en situación de subir escaleras.

—No necesitamos sacar todo nuestro equipaje, ¿verdad?

Jason sacudió la cabeza.

—No. Tomemos lo que vayamos a necesitar esta noche y mañana.

Leslie buscó entre sus cosas y sacó el neceser, el pijama y lo que pensaba ponerse al día siguiente. Después cerró la maleta y esperó a que Jason sacara sus cosas antes de cerrar el coche y entrar en la habitación.

Jason encendió la luz. Había dos camas dobles y un gran baño.

—Todas las comodidades de una casa —dijo él y cerró la puerta —. Dúchate tú primero. Yo esperaré.

Leslie no esperó a que se lo dijera dos veces. Entró en el baño y cerró la puerta. Al poco, estaba bajo la ducha.

Cerró los ojos. Lo único que deseaba era meterse en la cama.

Para cuando Jason salió de la ducha, ella ya estaba en la cama durmiendo.

Jason se despertó y miró el reloj que había junto a su cama. Eran casi las diez. La noche anterior no habían parado hasta la una. El tiempo no importaba puesto que tampoco tenían tanta prisa. Al menos, él no la tenía. A pesar de lo mucho que quería a su familia,

temía enfrentarse a ellos y explicarles su necesidad de estar a solas después de lo que había pasado. Todavía no lograba entender cómo sus planes se habían ido al traste.

Bueno, claro que lo sabía. El motivo estaba durmiendo en la otra cama. Se dio la vuelta y miró hacia la otra cama. Ella estaba de espaldas y lo único que veía eran los rizos que sobresalían de la sábana en el lugar donde debía de estar su cabeza.

Jude tenía razón. Le gustaba aquella mujer. Al principio, había pensado que su reacción se debía a que hacía tiempo que estaba solo. Pero ahora no estaba tan seguro. Había algo en Leslie que lo había impresionado. No sabía exactamente lo que le había atraído de ella. Le habría gustado conocer a su madre. Debía de haber sido una mujer muy lista para haber criado a una hija tan encantadora.

Era aquella inocencia que desprendía lo que le ponía nervioso. No era el tipo de mujer capaz de meterse en la cama con un hombre por una sencilla aventura sin compromisos.

Y ése era precisamente el tipo de mujer que siempre había deseado.

Ella se estiró y se dio la vuelta.

—Buenos días —dijo Leslie al ver que él estaba despierto y sonrió.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Desayunaremos en el restaurante de enfrente y continuaremos camino al sur —dijo él aturdido por sus pensamientos.

Ella asintió.

—Está bien —dijo Leslie mientras tomaba su abrigo de los pies de la cama y se lo ponía—. Me siento mucho mejor. Creo que no me he movido en toda la noche.

Jason deseó poder decir lo mismo. El músculo de su muslo no había dejado de protestar cada vez que se había movido durante la noche.

—Apenas tardaré unos minutos —dijo ella tomando sus cosas y dirigiéndose al baño.

Tan pronto como cerró la puerta, se levantó y se vistió. Luego se acercó a la ventana y abrió las cortinas. El cielo estaba gris. Seguramente continuaría nevando. Se imaginó a Leslie conduciendo y sonrió. Quizá condujera él el primer rato. Llamó a Jude y esa vez, enseguida le pasaron la llamada.

—Sólo quería decirte que estamos al norte de Indiana y nos dirigimos a San Luis.

—He conseguido una descripción del hombre en paradero desconocido. Medía uno ochenta, unos noventa kilos de peso y pelirrojo…

—Apuesto a que es nuestro hombre.

Leslie regresó a la habitación y se sentó en la cama, mirándolo.

—Espera, Jude —dijo él y repitió la descripción.

Ella asintió.

—Sí, dice que no pudo verle los rasgos, pero coincide con la constitución y el color del pelo del hombre que vio en el aparcamiento.

—Veo que os las estáis arreglando bien, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué no íbamos a hacerlo?

—Sólo me estaba asegurando. Voy a ponerme en contacto con su amiga y te llamaré en cuanto averigüe algo.

—Casi se me olvida. Cuando hables con ella, tienes que mencionarle a Sam para que sepa que no eres uno de los malos.

—¿Sam?

—Sí, es el nombre de su iguana. Así sabrá que es cierto que has hablado con Leslie.

Jude se rió.

—Sam, la iguana, ¿eh? De acuerdo.

—¿Has hablado con papá y mamá?

—Llamé a Jake anoche y estuvimos una hora hablando de tu situación. Dijo que esta mañana iría a hablar con papá y mamá. Sabe que se llevarán un gran disgusto cuando sepan que te hirieron.

Le he explicado lo que es estar en una de esas misiones y ser responsable de otros. Le he dicho que entiendo tu reacción, aunque no esté de acuerdo con lo que has hecho.

—Está bien.

—Tiene pensado que Leslie y tú os quedéis en la casa principal del rancho. Se asegurarán de que cualquier extraño que entre en la propiedad sea debidamente identificado.

—¿Aunque sea un agente de la ley?

—Especialmente en ese caso. Quiere poner en alerta al sheriff de New Eden, por si acaso recibe algún comunicado de la policía.

—Bien. He de decir que a esos dos se les da muy bien contar

historias. Casi me convencen de que era una prisionera huida.

—Al sheriff no lo engañarán, créeme.

—Bien.

—Te llamaré —dijo Jude y colgaron.

Jason miró a Leslie.

—Todo está bien. No tienes de qué preocuparte.

—¿Cuánto tiempo tendré que quedarme?

Él se encogió de hombros.

—No puedo saberlo. Veremos qué pasa. Ahora mismo tienen que encontrar al hombre que viste o dar con su cuerpo.

—Tendré que testificar, ¿verdad?

—Es demasiado pronto para saberlo. Tomémonoslo con calma, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Bueno, vayamos a comer. Estoy hambriento.

No quería decirle a Leslie el dolor que sentía aquella mañana. El día anterior había hecho un gran esfuerzo. Quizá no diría nada de conducir a menos que comenzase a nevar.

Para cuando terminaron de comer, había comenzado a llover.

—¿Prefieres que conduzca? —preguntó Jason.

—¿No será demasiado para tu pierna?

—Bueno, veré cómo va. Si es demasiado, te dejaré continuar. Créeme, no soy ningún mártir.

Leslie insistió en ir por el coche y lo llevó a la entrada del restaurante. Cuando él se dispuso a conducir, su teléfono comenzó a sonar.

—Quizá pueda convencerte para que me des un masaje en la pierna cuando paremos esta noche —dijo él.

—Creo que eso podré arreglarlo.

Jason respondió la llamada.

—Hola, soy Jude. ¿Está Leslie cerca?

—Está sentada junto a mí en el coche. ¿Por qué?

—Quiero pasarle una llamada. Su amiga se niega a creer que estoy en contacto con Leslie.

—Está bien —dijo él y entregándole el teléfono a Leslie, le dijo —: Ten quiere hablar contigo.

Ella se alarmó y tomó el teléfono.

—¿Teri? ¿Eres tú?

Jude respondió.

—Espera, te pasaré la llamada.

Unos segundos más tarde, Leslie oyó a Teri.

—¿Hola? ¿Quién es?

Leslie se rió.

—¡Teri! Hola, soy yo.

—¿Leslie? Oh, gracias a Dios. He estado muy preocupada por ti. ¿Quién era ese hombre que hablaba sobre Sam? ¿Era tu primo? ¿Estás bien?

—Estoy bien, gracias a un soldado que me está ayudando.

—¿Un soldado? No sabía que conocieras a ninguno.

—Siempre hay una primera vez para todo. Verás, me encontré con una tormenta de nieve a sesenta kilómetros de la casa de mi primo y me quedé atrapada. Jason Crenshaw,. el soldado que te digo, me dio cobijo durante la tormenta. ¿Cómo estás?

—Bien, pero he estado muy preocupada, preguntándome cómo estarías tú. Parece que has tenido algún problema.

—Sí, esos hombres descubrieron que estaba en Michigan y vinieron a buscarme.

—Eso es terrible. Después de todo lo que hicimos para que huyeras de ellos...

—Jason les dijo que no me había visto. ¡Teri, no vas a creer esto! ¡Le dijeron que era una fugitiva! ¿Puedes creerlo?

—Están desesperados. Así que ¿vas a quedarte con ese soldado?

—Sí, con Jason. Tiene un hermano, Jude, que trabaja para el gobierno. Él es quien nos ha pasado la llamada. Pensé que si te mencionaba a Sam sabrías que yo estaba bien.

—No quería correr riesgos. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Jason me va a llevar con su familia a Texas hasta que sea seguro volver a casa.

—Así que Jason está casado. Por cierto, ¿cuántos años tiene?

Leslie miró a Jason.

—No, no está casado. Y tiene treinta años.

Jason arqueó una ceja.

—Pero has dicho que su familia...

—Otro hermano y su esposa. ¡Ah! Jason pagó a alguien para que devolviera el coche a Ed.

Gracias a Dios que el coche no sufrió daños. Díselo a Ed para

que lo sepa. ¿Han vuelto esos hombres a ponerse en contacto contigo?

—Sólo una vez. Cuando llamaron a la puerta, Charlie les abrió.

—¿Aprovechando sus dotes como intimidador, eh? Lástima que no sepan que es tan sólo un oso de peluche.

—Hay algún sitio donde pueda llamarte?

—Te llamaré yo. Hay una cosa más que puedes, hacer. ¿Podrías llamar a mi jefe y decirle que me ha surgido un imprevisto familiar y que volveré en cuanto pueda?

—Claro. ¿Algo más?

—¿Podrías regarme las plantas?

—Las traeré a mi apartamento hasta que vuelvas.

—Te agradezco lo que estás haciendo por mí.

—Me asusta pensar qué hubieras hecho si yo no hubiera estado aquí. Estuve a punto de irme con Charlie en su viaje.

—Mi ángel de la guarda debe de estar cuidándome bien.

—Desde luego que alguien lo está haciendo. Ah, y cuando puedas hablar con tranquilidad, cuéntame más acerca de ese Jason.

—Seguiremos en contacto.

Leslie le entregó el teléfono a Jason.

—¿Está bien?

—Sí, gracias a Dios —contestó ella mirando por la ventanilla—. Ha dejado de llover, así que deja que conduzca yo.

El se quedó pensativo unos segundos y después asintió.

—De acuerdo, haremos un trato. Conduciré hasta que paremos a comer.

Ella lo miró sorprendida. Estaba arriesgando su vida por ayudarla.

—No podría haber hecho esto sin ti. Te estaré eternamente agradecida.

—Bien. Mi recompensa será el masaje que me darás esta noche.

Capítulo 8

—Estamos llegando a San Luis —dijo Jason a eso de las seis de la tarde. Llevaba varias horas conduciendo bajo la lluvia—. Sé que todavía es pronto, pero quiero encontrar un hotel allí.

—¿Te duele, verdad? Te dije que podía conducir un rato más.

La miró sonriendo.

—Estoy bien. Sólo quería ver cómo iba este cacharro. Me alegra poder decir que me gusta.

Ella se estiró y bostezó.

—Lo sé. Para mí es un lujo. Mi coche tiene al menos ocho años.

Jason condujo por San Luis hasta que llegó a las afueras de la parte sudoeste y entró en el aparcamiento de un hotel de una conocida cadena. Esa vez, hizo que les llevaran el equipaje a la habitación.

—¿Quieres que comamos algo antes de subir? —preguntó a Leslie una vez se registraron—.

Así no tendremos que salir con este tiempo.

—Me parece buena idea —dijo—, a menos que no quieras que me vean demasiadas personas.

Volvieron al coche y salieron del hotel.

—Conozco un pequeño restaurante italiano que creo que te gustará. ¿Te gusta la comida italiana?

—Soy fácil de complacer.

Una vez pidieron, ella miró a su alrededor. Cada mesa tenía una vela, por lo que la iluminación era tenue.

—Cuando dijiste que era pequeño, lo decías literalmente.

—Uno de mis compañeros del ejército es de San Luis y hemos estado aquí de permiso en un par de ocasiones. Es un sitio muy discreto y tiene una comida estupenda.

—¿Cuándo crees que llegaremos al rancho?

—Si salimos pronto, creo que podremos llegar a Dallas mañana por la noche, aunque quizá sea un poco tarde. Dormiremos allí y por la mañana seguiremos hasta el rancho, que está a unas cuatro horas de Dallas.

—Me parece extraño ir a tu casa. No quiero que nadie se forme una idea equivocada.

—No te preocupes. Jude les ha contado lo que te ha pasado y,

conociendo a mi padre y a mi hermano mayor, Jake, quien ahora se ocupa del rancho, insistirán en que te quedes.

—Pero nadie sabe cuánto tiempo necesitaré quedarme. Por suerte, todavía tengo un trabajo al que regresar.

Ambos estaban cansados y hambrientos y, una vez les sirvieron la comida, se quedaron en silencio. Leslie saboreó cada bocado.

—¿Jason? —dijo ella mientras tomaban el postre y el café—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Haciendo el qué?

—Molestándote en llevarme a tu casa. Parecías arreglártelas solo en la cabaña. No te hizo ninguna gracia que yo llegara. ¿Qué ha cambiado?

Él se tomó su tiempo antes de contestar.

—Tienes razón. Fui a la cabaña porque no quería tener a nadie cerca. Necesitaba algún tiempo para poner mi vida en orden. Cuando llegaste a la cabaña, la única opción que había era que te quedaras —dijo tomando su vaso de agua. Después de beber, continuó—. Creo que eso me obligó a preocuparme de otras cosas, de otra persona, aunque reconozco que no me gustó la interrupción.

Creo que lo que me ayudó fue el saber que huías de una situación sobre la que no tenías ningún control. Estabas asustada, y con motivo, y el hecho de que te siguieran hasta Michigan, me dio una idea de lo que estaba pasando —sonrió—. No tenía ninguna intención de tomar parte en una situación que no tenía nada que ver conmigo... hasta que me di cuenta de la injusticia de lo que te estaba pasando.

—Entiendo.

—Claro que quizá Jude tenía razón cuando sugirió que me sentía atraído por ti.

—¿Dijo eso?

—Sí, pero con otras palabras. No puedo ocultar el hecho de que te encuentre intrigante. Es difícil de explicar. Hay algo fresco en ti, un deseo de superar de la mejor manera todo lo que se te presenta. Te las arreglaste para escapar de esos tipos, sacándoles unos días de ventaja —dijo y sonrió—. Y te encuentro muy atractiva.

—Oh.

¿Qué podía decir ante aquello?

—Por ejemplo, me gusta el brillo ámbar de tus ojos a la luz de la

vela. Me gusta mirar tus labios porque desprenden una sensualidad que contradice la inocencia de tus ojos.

Sentía tanta vergüenza que deseó esconderse bajo la mesa. Era como si le estuviera susurrando aquellas cosas al oído. Leslie se enderezó en su asiento. A pesar de que sabía que su rostro debía de estar encendido, contuvo el impulso de cubrírselo con las manos.

—¿Estás tratando de seducirme?

El puso su mano sobre la de Leslie.

—No lo sé —murmuró, tomando su mano—. ¿Acaso está funcionando?

—Sé que te estás divirtiendo, pero no sé seguirte el juego.

El frunció el ceño.

—No hay ningún juego, Leslie, es tan sólo la eterna atracción entre hombre y mujer, macho y hembra.

Ella apartó la mano de la suya.

—No estoy buscando ninguna relación esporádica.

—¿Qué estás buscando?

Su mente regresó a su infancia.

—Me gustaría encontrar a alguien a quien amar y que me amase. Sé que mi madre tenía idealizada la relación que tuvo con mi padre. Llevaban casados menos de dos años cuando él murió y crecí oyendo historias sobre su relación. De mayor, me dejó leer las cartas que él le había escrito para que me hiciera una idea de la clase de hombre que era mi padre. Sé que mi opinión sobre las relaciones es muy ingenua, pero tú me lo has preguntado.

—De hecho, estoy muy impresionado de que tengas tan claro lo que quieres. Puede que tu madre idealizara su relación, pero he conocido de primera mano otra relación así mientras crecía.

—¿Tus padres?

El asintió.

—Cuando me hice mayor, me di cuenta de la suerte que había tenido por haber presenciado un amor y un respeto tan profundos. Pensé que todas las relaciones eran así hasta que salí al mundo. Así que estoy de acuerdo con que es un sano objetivo —dijo y miró su reloj—. ¿Estás lista para que nos vayamos?

Ella asintió, incapaz de articular palabra en aquel momento.

—Si queremos madrugar, será mejor que nos vayamos a descansar.

—Túmbate y te daré un masaje. Te ayudará a relajarte.

El hizo una mueca.

—Lo del masaje lo dije en broma. Y créeme, no podré relajarme con tus manos sobre mí.

—¿No te ayudaría una pastilla para el dolor?

—Por supuesto, pero no puedo mermar mi capacidad.

Ella puso los brazos en jarras.

—0 tomas algo para el dolor o dejas que te ayude.

Él se estiró en la cama y cerró los ojos.

—Tú ganas.

Leslie había tratado de ignorar el hecho de que lo único que Jason llevaba era una toalla alrededor de la cintura. La cicatriz de su hombro destacaba en su bronceada piel.

—¿Te importaría darte la vuelta? —preguntó ella por fin.

El se dio media vuelta y hundió la cabeza en la almohada.

Leslie sacó un bote de crema de su neceser y se echó un poco en las manos. Al sentir su contacto, él dejó escapar un gruñido.

—Ésa no es mi pierna.

Ella sonrió, acomodándose junto a él.

—Ya lo sé, pero estás muy tenso. Relájate y deja que desentumezca tus músculos.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —preguntó él un rato más tarde, dejando escapar un gemido de placer.

—Una amiga mía es masajista y me enseñó.

—Si hubiera sabido que tenías unas manos tan habilidosas, no me habría negado a tu sugerencia.

Sintió que los músculos de su espalda se relajaban poco a poco. Él comenzó a respirar más profundamente hasta que pareció hundirse en la cama. Cuando descubrió que llevaba calzoncillos bajo la toalla, se la quitó y continuó dándole un masaje por el costado, hasta bajar a su muslo.

Ella observó la cicatriz. La bala había entrado en diagonal por la parte alta del muslo y se había quedado alojada cerca de la rodilla. Con razón aquellos músculos y tendones protestaban cada vez que usaba esa pierna. Al igual que las cicatrices de su hombro, las de su pierna también parecían estarse curando.

Leslie estaba masajeando sus gemelos, cuando él se dio la vuelta. Ella lo miró, pensando que se había dormido. Sin embargo, sus ojos

azules brillaban ardientes.

—Ven aquí —susurró.

Leslie se inclinó sobre él, sintiendo que había perdido el control. El beso que se habían dado hacía un par de días no fue nada comparado con aquél.. Este era apasionado. Ella se tumbó junto a él y Jason la hizo colocarse sobre él, abrazándola con fuerza e incitándola a que continuara moviéndose. Leslie se dejó llevar hasta que se dio cuenta de que estaba muy excitada. No podía seguir así, por lo que se retiró.

—Peso demasiado —dijo colocándose junto a él.

El se giró con ella.

—Me gusta cómo besas —murmuró—. Tu boca promete mucho —dijo y la besó de nuevo.

Ella trató de no olvidar que no quería ir más lejos. Por desgracia, su cuerpo no estaba escuchando. Leslie acarició su pecho, asombrada por lo ancho y fuerte que era.

Ella se estremeció al sentir su mano bajo el pijama, recorriéndole la espalda. Se arqueó y dejó escapar un suspiro, mientras él acariciaba uno de sus pechos.

—Por favor —dijo ella retirándose—. No puedo...

—Lo sé. Te prometo que no me aprovecharé de ti. Sólo quiero amarte.

Él le quitó la camisa del pijama y puso su boca sobre uno de sus pechos. Sus caricias y su lengua hicieron que se le pusieran los pezones de punta. Ella abrazó su cabeza. Nunca había estado tan excitada en su vida. Apenas podía respirar y comenzó a jadear.

Como si él supiera cómo se sentía, deslizó la mano bajo los pantalones de su pijama y palpó la humedad de su vello. Ella se frotó contra su mano.

Jason la acarició, jugueteando con sus dedos y ella apretó las caderas contra él. Leslie dejó escapar un suave gemido y su cuerpo se contrajo contra el de él hasta que se quedó sin fuerzas.

Cuando abrió los ojos, Leslie vio que la estaba observando, con el rostro serio.

—Jason, yo...

No sabía qué decir. Se sentía desorientada.

—Quiero que... —dijo volviendo a intentarlo—. Necesitas...

Leslie acarició sus calzoncillos, pero una vez más no pudo

terminar lo que había empezado a decir. Ella colocó la mano sobre su erección y él la apretó.

—No tienes por qué hacer algo que no quieras.

Ella movió la mano, hasta que desapareció bajo sus calzoncillos.

—Lo estoy deseando —murmuró ella.

Un rato más tarde, cuando él gimió de placer al alcanzar el orgasmo, Leslie se sintió recompensada. Le dio un apasionado beso y se levantó.

Él abrió los ojos, con aspecto relajado.

—Gracias.

Ella sintió que le ardían las mejillas.

—Era lo menos que podía hacer, dadas las circunstancias. Espero que puedas dormir.

—Dormiré mucho mejor si duermes aquí a mi lado. Al menos, ahora tenemos una cama doble.

Sabía que estaba perdiendo la cabeza por Jason. ¿Cómo era posible que se hubiera enamorado tan profundamente de alguien a quien tan sólo hacía unos días que conocía?

Capítulo 9

Jason se despertó pronto, totalmente consciente de que Leslie estaba dormida sobre su dolorido hombro y con una pierna sobre él.

Había dormido mejor de lo que lo había hecho en los últimos meses. El tener a Leslie entre sus brazos le parecía algo natural y eso lo asustaba.

Retiró el brazo y lentamente se apartó. Salió de la cama y se fue a la ducha, con la esperanza de aclararse las ideas antes de enfrentarse a ella esa mañana.

Sonrió al recordar su recatado pijama. Leslie no necesitaba ponerse ropa seductora para. estar sexy. ¿Cómo iba a ignorar aquella mirada de sus ojos, aquel anhelo que ni siquiera trataba de ocultar?

El problema era qué hacer con la nueva relación que había surgido entre ellos. Había perdido demasiado tiempo deseando haber podido salvar a sus hombres. Si no fuera por Leslie, todavía estaría en la cabaña, convencido de que estaba donde debía y quería estar.

Sus discusiones con Jude le habían hecho darse cuenta del rumbo que estaba comenzando a tomar su vida. Estaba olvidándose de aquellos recuerdos tan dolorosos y empezando a preocuparse por sí mismo.

En un par de días estaría con su familia por primera vez en dos años. No había ido a la boda de Jude ni había conocido a su esposa, Carina. Jake tenía un hijo que en breve cumpliría dos años y todavía no lo había conocido.

Acabó de ducharse y cortó el agua. Cuando estuvo seco y afeitado, se dio cuenta de que tenía que ponerse una toalla para ir a la otra habitación para vestirse. Teniendo en cuenta lo que había pasado la noche anterior, Leslie pensaría que pretendía volver a meterse en la cama con ella, lo que no iba a pasar.

Sólo tenía que mantener el control hasta que llegaran al rancho. Allí ya no estaría solo. Un poco de disciplina era lo que necesitaba.

Sus pensamientos se detuvieron al salir y verla de espaldas, con tan sólo las bragas puestas, abrochándose el sujetador.

—Lo siento —dijo volviendo sobre sus pasos.

Ella se dio la vuelta y se tapó con su bata, sin mirarlo a los ojos.

Ese gesto hubiera sido suficiente para cubrirse, sino hubiera sido porque estaba frente al espejo. El contempló su esbelto cuerpo y la manera en que su cintura estrecha daba paso a un curvilíneo trasero.

—Pensé que estaría vestida para cuando salieras.

—Tomaré algo de ropa y te dejaré a tu aire —dijo él.

Una vez encontró lo que pensaba ponerse, regresó al baño sin mirarla y cuando estuvo vestido, abrió la puerta.

—¿Estás presentable? —preguntó.

—Sí.

Él volvió al dormitorio. Leslie se había puesto unos pantalones marrones y una camisa color tierra que realzaba el color de sus ojos.

—Llamaré para que vengan a buscar nuestro equipaje —dijo sin mirarla.

Después de llamar, se quedaron a la espera de que fueran a recoger sus maletas.

—Mira, siento lo que pasó anoche.

Ella estaba junto a la ventana, mirando fuera.

—Lo sé —dijo ella sin girarse—. Te debo una disculpa. Nunca antes había dado un masaje a un hombre y... Debería haberme dado cuenta de que algunos hombres tienen una respuesta física a los masajes.

El frunció el ceño.

—¿Crees que eso fue lo que pasó? —dijo él sentado en una silla.

Finalmente, ella se giró y lo miró.

—¿Acaso tú no?

—No. Creo que ambos reaccionamos a la fuerte atracción que sentimos el uno por el otro, a pesar de que hayamos tratado de ignorarlo.

—Como quieras llamarlo, pero preferiría evitar estas situaciones íntimas en el futuro.

Ella levantó la barbilla y habló con firmeza. Sólo sus mejillas ruborizadas evidenciaban el apuro que estaba pasando.

—Entonces, te debo una disculpa. Pensé que lo que sentí anoche era mutuo. No pretendía aprovecharme de ti.

Ella se sentó al borde de la cama.

—Era mutuo, pero creo que de ahora en adelante, deberíamos

mantener las distancias.

—Si eso hace que te sientas más cómoda...

—Sí —dijo ella asintiendo con la cabeza.

—Así que ¿qué sugieres? ¿Quieres que vaya en el asiento de atrás mientras tú conduces? —

preguntó él, tratando de ocultar lo divertido que le resultaba verla tan seria.

Ella cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Claro que no. Será mejor que tomemos habitaciones separadas esta noche. Dijiste que llegaríamos a tu casa mañana —y antes de que pudiera interrumpirla, continuó—. Ya estoy a salvo.

No creo que haya nadie que a estas alturas sepa dónde estoy.

—Si eso es lo que quieres —dijo él encogiéndose de hombros.

Unos golpes en la puerta evitaron que él dijera nada más. Leslie fue a la puerta y abrió al botones.

—Tenemos que comer algo antes de ponernos en camino —dijo él una vez en el coche—. Allí enfrente sirven unos desayunos estupendos, si es que estás dispuesta a probarlo.

Ella entró en el aparcamiento. Una vez salieron del coche, Jason reparó en que Leslie se mantenía apartada de él, lo que le hacía sentirse como un hombre lascivo que se aprovechaba de mujeres vulnerables. Su sentimiento de culpabilidad volvía a devorarlo.

El camino entre San Luis y Dallas fue largo y aburrido. Leslie se concentró conduciendo, yendo a la máxima velocidad permitida. Jason se sentía cada vez más deprimido, a medida que se acercaba a su casa.

Entraron en Texas, cruzando el Río Rojo, cerca de las ocho de la tarde.

—¿Por qué no me dejas conducir desde aquí? —preguntó él—. Tan sólo quedan un par de horas para Dallas.

Entraron en un aparcamiento y se detuvieron. La tensión entre ellos, además de las largas horas, había hecho mella en Leslie. Lo único que deseaba era llegar a su propia habitación. ¿Por qué se sentía como una tonta por ser tan prudente con Jason? Sólo porque no fuera partidaria de las relaciones esporádicas no significaba que había algo malo en ella. Si en alguna ocasión no le había importado tener una relación íntima, ésa había sido la noche anterior.

No había sentido reparos. Se había olvidado de su educación, de

ser prudente y de su futuro sólo por la excitación que las caricias de Jason le habían — producido. Lo único que había deseado en aquel momento había sido hacer el amor con él.

Su reacción hacia Jason le había pillado con la guardia baja. Lo cierto del asunto era que ya no confiaba en estar a solas con él sin hacer alguna tontería de la que luego tuviera que arrepentirse.

El problema estaba en que se sentía muy atraída hacia él y no confiaba en sus propios sentimientos. Seguramente lo veía como su salvador, que para ella lo era, y le había atribuido toda clase de virtudes, que quizá no existieran.

Su actitud en la cabaña había sido un poco distante hasta la noche en que le había pedido que durmiera con él. En aquel momento, sabía que ambos necesitaban el consuelo de tener a alguien cerca.

La noche anterior había sido diferente. Ninguno de los dos buscaba ese consuelo, sino sexo.

Ella necesitaba más que eso para mantener una relación. Por todo lo que le había contado, no le parecía un hombre familiar. Por no mencionar que estaba en el ejército.

—Dijiste que tenías dos hermanos, Jake y Jude. ¿Tienes alguna hermana?

—No, no tengo ninguna hermana. No he mencionado a Jared, el segundo. Somos cuatro hermanos. De uno a otro nos llevamos dos años.

—Además de a Jake, ¿conoceré a los demás?

—Quizá. Jared y Lindsey viven en Houston. Tuvieron un niño en septiembre del año pasado.

Quizá vengan a visitarnos. Pero dudo que esté Jude. De Jake ya te he hablado. Él se ocupa del rancho. Ashley y él tienen dos niños. Me parece imposible que el pequeño Joe vaya a cumplir dos años en junio. Heather, su hija, cumplirá siete en septiembre. Todavía no conozco a Joe y apuesto a que no reconoceré a Heather.

—Tus padres viven cerca del rancho?

—Mis padres tienen su propia casa dentro del rancho. Ahora que papá se ha retirado, viajan mucho.

—¿Te gusta formar parte de una gran familia?

—Mucho. Siempre había alguna rivalidad entre hermanos por una cosa o por otra, pero nada serio. Quiero y admiro a mis

hermanos.

—Tienes suerte.

—Estoy de acuerdo.

Cuando Jason se detuvo en Dallas en uno de los hoteles de la autopista, la tensión entre ellos había desaparecido.

Se quedó esperándolo en el coche mientras él pedía habitación. Tardó más de lo habitual y cuando regresó al coche, estaba solo en vez de acompañado por un botones.

Leslie bajó la ventanilla.

—¿Está todo bien?

—Están celebrando algún evento en la ciudad y como no tenemos reserva, nos va a costar trabajo encontrar habitación. El conserje ha llamado a varios hoteles de esta zona y sólo ha encontrado una habitación libre en uno de ellos. Puesto que dijiste que esta noche no querías compartir habitación, podemos seguir conduciendo un rato más, si quieres. Quizá encontremos algo en Arlington o en Forth Worth.

Leslie ya se imaginaba en un baño espumoso, después de haber estado todo el día conduciendo. La idea de seguir conduciendo no le gustaba.

—Tomemos lo que esté disponible.

Él asintió y se metió en el coche.

—Prometo no acercarme a ti ni incomodarte —dijo saliendo del aparcamiento del hotel.

—No es tu comportamiento lo que me preocupa.

Capítulo 10

Jason la miró atónito y a punto estuvo de pasarse la salida a la autopista. ¿Qué había querido decir?

—Lo siento, pero no te he entendido.

—Claro que sí. Llevamos varios días compartiendo alojamiento y siempre hemos estado solos, bien en la cabaña, en el coche o en la habitación de un hotel. Ambos somos adultos y estamos deseando hacer el amor.

—No hacía falta que mencionaras ese asunto.

—Tenemos que asumirlo.

—Buena idea. Sigamos adelante y hagamos el amor, así saldremos de esto.

—No creo que ésa sea la solución, Jason.

—Si vamos a someter el asunto a votación, ya sabes cuál será mi voto —dijo mientras divisaba el hotel y ponía el intermitente—. Espero que todavía tengan disponible esa habitación.

—Estoy deseando salir del coche.

La habitación seguía disponible, pero el único problema, del que Jason ni siquiera había reparado en preguntar, era que sólo tenía una cama. Tomó la habitación y confió en poder convencerla de que no lo sabía, especialmente después de las cosas que había dicho durante el camino. Una vez el botones recogió el equipaje del coche, Jason se metió en el asiento del acompañante.

—Hay otra entrada más cerca de nuestra habitación, al otro lado del edificio.

Cuando aparcaron y llegaron a la puerta del hotel, él introdujo la llave magnética en la cerradura para abrir la puerta del edificio.

—Leslie —dijo él mientras esperaban el ascensor.

—Dime —respondió ella, mirando ausente cómo las luces de las plantas se iban iluminando mientras el ascensor descendía.

—Hay una cosa que no he mencionado —dijo.

El ascensor se detuvo. Esperó a que estuvieran dentro y apretó el botón de su planta.

—Sólo quiero decirte que no había planeado esto.

Ella apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos.

—Déjame adivinarlo. Hay restricciones de agua. No se permiten los baños después de cierta hora.

—No.

—Bien, porque pretendo sumergirme en un baño caliente durante al menos una hora.

—La habitación sólo tiene una cama.

—Estás bromeando.

—No, es cierto. Es de tamaño grande y por lo general es la que piden las parejas.

—No somos pareja.

—¿Sabes? Creo que tienes razón.

—Esto no es divertido.

—No me estoy riendo. No sería la primera vez que dormimos juntos, Leslie, primero en una litera y luego en una cama. Así que no creo que en esta cama nos rocemos.

Las puertas del ascensor se abrieron y salieron. Le dolía la pierna. Lo último en lo que estaba interesado esa noche era en acercarse a ella.

«¿A quién pretendes engañar? No estás muerto y ése sería el único motivo por el que no estarías interesado y lo sabes».

El se apoyó con fuerza en el bastón mientras caminaban por el pasillo. Llegaron a la habitación asignada y él abrió la puerta. Leslie pasó primero y echó un vistazo.

—Es una habitación muy bonita —dijo echando un vistazo al cuarto de baño.

—Tiene que serlo, teniendo en cuenta los precios.

Ella se giró y lo miró.

—¿Cómo no habré caído antes? —dijo tomando el bolso de donde lo había dejado—. Ahora mismo te extenderé un cheque por los gastos que hemos tenido durante el viaje, aunque tendrás que guardarlo hasta que dejen de intentar buscarme.

—No seas ridícula —dijo él—. Era sólo un comentario. Me hubiera gastado lo mismo de vuelta a casa.

—Oh.

Ella se dio media vuelta y él sacudió la cabeza.

—Me daré una ducha y así podrás después darte un largo baño. Créeme, estaré— dormido para cuando te metas en la cama.

—De acuerdo.

Él se acercó a ella y le colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

Sabía que estaba muy cerca de ella y que tenía que apartarse. Sin embargo, rozó sus labios con los de ella en una suave caricia.

—No puedo evitar querer hacer el amor contigo, Leslie, pero puedo controlarme. Estás segura conmigo, te lo prometo.

Cuando él se apartó, advirtió que se le escapaba una lágrima.

—Sólo estoy cansada. Enseguida estaré bien.

Jason se dio una ducha rápida y regresó a la habitación. Ella apagó todas las luces, excepto la que estaba junto a la cama.

Tan pronto como él salió del baño, se levantó de la silla en la que estaba sentada y se metió en el cuarto de baño, cerrando la puerta suavemente.

Él esperó hasta oír el sonido del agua en la bañera, antes de sentarse en la cama, al otro lado de la luz encendida. Se dio un masaje en el muslo en un intento por relajar sus músculos. Al rato, se metió en la cama y al poco, se quedó dormido.

Leslie se metió en el agua y suspiró. Era una sensación tan placentera como había imaginado.

Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y cerró los ojos. Inmediatamente, apareció en su mente Jason Crenshaw. Había aprendido mucho de sí misma desde que su plácida vida cambiara por culpa de aquellos disparos.

Nunca había pasado tanto miedo. Nunca había corrido tanto en su vida. Nunca había estado tan cerca de morir congelada en la nieve. Nunca había conocido a nadie como Jason.

Cuando no era la persona más desagradable del mundo, Jason tenía un encanto innato que se dejaba entrever a pesar de su mal humor. Además era un hombre honrado y no ocultaba el hecho de que quisiera hacerle el amor. El problema era que ella también quería hacer el amor con él y estaba dispuesta a ignorar todas las reglas que se había impuesto.

Durante el tiempo que había pasado con él en los últimos días, no había dejado de observarlo.

El modo en que sus ojos brillaban cuando la miraban, el sonido de su respiración, su sonrisa... Todo eso hacía que no dejara de pensar en él.

Todavía tenía que pasar una noche más en la misma habitación con él y confiaba en poder controlarse más de lo que lo había hecho la noche anterior. Después de todo, habría una buena distancia

entre ellos, así que sería como dormir sola.

Leslie se quedó en la bañera hasta que el agua se enfrió. Se sentía más relajada y sabía que dormiría bien.

Cuando regresó a la habitación, Jason parecía dormido. Tenía la cabeza hundida en la almohada y su espalda brillaba a la luz de la lámpara. Sentía un gran deseo de acariciar su espalda.

Decidida, apagó la luz para no verlo y se metió en la cama. A los pocos minutos, se quedó dormida.

En algún momento de la noche, ella debió de sentir frío y él la abrazó. Cuando Leslie se despertó de lo que pensaba que era un sueño delicioso, se dio cuenta de que no era así. Jason y ella estaban besándose apasionadamente, sus brazos y piernas entrelazados, y se dejó llevar por aquellas maravillosas sensaciones.

El sueño de Jason se volvió demasiado real para serlo. Estaba haciéndole el amor a Leslie, mientras ella lo alentaba con aquellos gemidos que incrementaban su ya ardiente deseo.

Apartó su boca de la de ella y dejó de acariciarla.

—Leslie —comenzó, sin saber qué decir a aquellas alturas. Un caballero nunca hubiera dejado que aquello ocurriera.

Ella lo miró con una sonrisa somnolienta.

—Está bien, Jason. Aceptemos el hecho de que vamos a hacer esto.

Tenía razón. Habían pasado de suaves caricias a un punto sin retorno.

Jason no confiaba en que su pierna pudiera sujetar su peso, así que la hizo rodar hasta que la colocó sobre él. Leslie ya no llevaba los pantalones del pijama, lo que le permitía acceder a ella. Ella apretó sus caderas y él empezó a agitarse, haciéndola gemir. Empujó y sintió su húmeda bienvenida. Se apartó ligeramente y volvió a empujar otra vez, penetrándola cada vez más hasta que estuvo completamente dentro.

Jason no podía contener por más tiempo su deseo y comenzó a acariciarle el clítoris con el pulgar hasta que ambos gimieron de placer. Él continuó moviéndose y abrazándola con fuerza. Al rato, ella dejó caer la cabeza sobre su hombro.

—Estás soportando mucho peso.

—¡Quién lo ha dicho?

—No quiero hacerte daño.

Jason abrió los ojos. Ella estaba sentada a horcajadas sobre él.

—¿Estás bien? —preguntó él cuando pudo recuperar el aliento.

—Sí.

Tenía que admitir que parecía muy satisfecha. Seguía dentro de ella, con el miembro erecto, lo que le sorprendió. Nunca antes le había pasado.

Comenzó a moverse lenta y rítmicamente. El tiempo se detuvo mientras continuaron acariciándose y besándose, hasta que ambos alcanzaron de nuevo el orgasmo.

Esa vez, Jason supo que sería incapaz de seguir moviéndose. Abrazados, se dejaron caer en un profundo sueño.

Capítulo 11

Un ligero ruido despertó a Leslie. Era Jason, vestido, que estaba preparando dos grandes tazas de café. Nunca lo oía levantarse, ni vestirse, ni marcharse. Últimamente, había descubierto que era diferente a cómo creía que era.

Leslie se incorporó y sonrió.

—Mmm, huele muy bien. Gracias.

Él no sonrió. Le entregó una taza y se sentó en su lado de la cama.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—No, si me dices que tomas píldoras anticonceptivas.

Lo miró asustada.

—Oh, Jason. No. Nunca pensé que...

—Yo tampoco, a pesar de todo lo que dije. Ni siquiera traigo protección conmigo, puesto que no pensé que fuera a necesitarla en la cabaña.

—Bueno —empezó ella, tratando de ser realista—. Dudo que hayamos...

—¿Cuándo tuviste la última regla?

Ella sintió que le ardía la cara. No se le había ocurrido pensar en eso, puesto que nunca había tenido ninguna razón para hacerlo. Ahora que reparaba en ello, comenzó a sentir un nudo en el estómago.

—Hace un par de semanas.

El se quedó observándola detenidamente.

—¿Sabes lo que vamos a hacer ahora?

Después de unos segundos, ella agitó la cabeza.

—Bueno, tendremos que esperar a ver si...

—Respuesta errónea —dijo él—. Vamos a tomar un pequeño desvío esta mañana e iremos a casarnos.

—¿Estás de broma, verdad?

—No.

—Deja de hacerte el mártir. Si hay alguna consecuencia, me las arreglaré sin tu ayuda.

Leslie apartó las sábanas y se levantó, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta antes de sentarse en el suelo.

No era ingenua ni estúpida, pero esa mañana lo parecía. Así era

como las adolescentes se quedaban embarazadas y ella ya no era ninguna adolescente. Ahora, don Perfecto salía con aquella ridícula idea.

No estaba dispuesta a formar parte de la vida de un soldado o cualquiera que fuera su rango.

Ya le había dicho que no volvería a entrar en combate nunca más, puesto que no podía decidir dónde le mandarían.

No. Se puso de pie y se fue a la ducha. La camisa de su pijama era la única prenda que llevaba puesta, lo que le recordaba lo que había hecho.

Puesto que no había llevado ropa al baño, Leslie salió con toda la dignidad que pudo envuelta en una toalla.

El la esperaba sentado en una silla y al verla pasar, la desnudó con la mirada.

Ella no dijo palabra. En su lugar, recogió su ropa y volvió al baño, donde se tomó su tiempo para vestirse y prepararse para una batalla que no podía perder. Le daban igual sus argumentos: no estaba dispuesta a casarse con él.

—¿Vamos a desayunar?

—No —contestó él sin moverse de la silla.

—¿Por qué no?

—No vamos a ir a ningún sitio hasta que resolvamos este asunto.

Ella levantó la barbilla.

—Está arreglado.

—Bien. Entonces vas a casarte conmigo.

—¡No! Olvídate. No voy a casarme contigo.

—Escúchame bien, aunque si rechazas mi oferta, no voy a obligarte. Pero primero, hay algo que tienes que saber de mí. Nunca en mi vida he olvidado usar protección, hasta ahora —dijo él.

Ella intentó decir algo, pero él levantó la mano para que se detuviera—. No hay nada entre nosotros y ambos lo sabemos. Nunca he deseado a nadie como ahora y si descubres que estás embarazada no quiero que tengas que enfrentarte a ello sola. Sé que nos conocemos desde hace poco tiempo. Soy consciente de ello y entiendo tus reservas. Lo que te estoy proponiendo es que celebremos una rápida boda y si luego resulta que no estás embarazada, podemos anularla.

—Un matrimonio así sería un insulto a la institución —dijo ella

—. No quiero casarme. Cuando decida casarme, será con un hombre normal, que tenga un trabajo normal y que se conforme con una esposa normal.

—No hay nada normal en ti.

—No quiero casarme con alguien que sea militar.

—¿Por tu padre?

—Así es —contestó ella asintiendo con la cabeza.

—Nuestro caso es diferente. Quizá no permanezca en el ejército mucho más, aunque todavía no lo he decidido.

—Tampoco me agrada casarme con alguien que puede entrar en un concesionario y comprar un coche al instante.

—Venga, hombre —dijo Jason levantando la voz—. Ésa es la razón más absurda que he oído para no casarse con alguien. Al menos, sé que no te estás casando conmigo por mi dinero.

—Así es.

—Creo que no te das cuenta de lo mal que me siento por tener que enfrentarme a mi familia en unas horas y al hecho de que les ocultara lo que me pasó. Quizá lo que le ocurrió a mi brigada se escapaba a mi control. Aun así… —comenzó agitando la mano hacia la cama—, esto pude controlarlo. Quiero asegurarme de que no corres riesgos y de que estás a salvo. Va a ser muy difícil enfrentarme a mi familia, después de que prometí que no me aprovecharía de nuestra situación.

Se terminó el café y esperó. Al ver que ella no decía nada, continuó.

—Está bien. ¿Estás preparada para explicarle a nuestro hijo que no quisiste casarte con su padre porque no era lo que esperabas de un marido?

El silencio se volvió tenso.

—No estás siendo justo —dijo ella por fin.

—Y por lo que veo, tú tampoco.

Leslie no podía creer que estuvieran hablando de aquello.

—Está bien, Jason. Hagamos un trato. Si decidimos continuar con esta farsa, será hasta que sepamos si estoy embarazada o no.

En algún momento de su discurso, Leslie se sentó en el borde de la cama. Ahora, al mirarlo a los ojos, podía ver dolor y desconcierto. Quizá tuviera razón y lo único que quería era protegerla.

¿Cómo podía enfadarse por eso?

Desde luego que no la había obligado a nada. Ya se sentía atraída hacia él antes incluso de que llegaran al hotel. Quizá fuera ella la que tuviera que enfrentarse a las posibles consecuencias de su propio comportamiento. No sería la boda de sus sueños. Debería habérselo pensado antes de que su mente se quedara en blanco.

—Cómo pretendes explicarle la boda a tu familia?

Su rostro se iluminó.

—¿Quiere eso decir que vas a aceptar?

—Los dos estamos exagerando y tú lo sabes tan bien como yo. Prefiero casarme que enfrentarme sola a un embarazo. Pero creo que sería más razonable esperar antes de que nos precipitemos.

—O sea, que lo que quieres decir es que estás dispuesta a casarte conmigo sólo si es necesario.

—¿Jason?

—¿Sí?

—Esto es cruel e inhumano.

El se levantó de la silla y se quedó mirándola asombrado.

—¿El qué? ¿El que te haya pedido que te cases conmigo?

—No. Tener esta discusión con el estómago vacío. Estoy muerta de hambre.

—Está bien, vayamos a comer.

—Estupendo. Y nada de hablar de bodas mientras comemos. ¿De acuerdo?

—Eres una buena negociadora —dijo él esbozando una media sonrisa.

—No lo olvides.

Unas horas más tarde, estaban esperando su turno en los juzgados de Dallas para casarse.

Leslie miró a las otras parejas, a las que se les veía excitadas y felices. Al pensar en los cambios que se habían producido en su vida últimamente, nunca se hubiera imaginado que tendría que añadir un matrimonio a la lista.

Jason había mantenido su palabra durante el desayuno, pero no había comido demasiado.

Entonces, ella se había dado cuenta de que no tenía sentido seguir discutiendo con él. Le había dado buenas razones y ella tenía que olvidarse de sus sueños infantiles.

Cuando les llegó el turno, la funcionaria les tomó los datos.

—Podemos casarnos ahora? —preguntó Jason.

La funcionaria los miró por encima de las gafas.

—¿Tiene prisa, eh? Lo siento, hay una lista de espera de setenta y dos horas, a menos que esté en activo en el servicio militar.

Jason sacó su identificación y se la mostró a la funcionaria. Ella anotó los datos necesarios, adjuntó la nota al certificado de matrimonio y se lo entregó a Jason. A continuación les indicó dónde debían dirigirse y se marcharon.

—Te apuesto a que piensa que estoy embarazada —dijo ella sin poder ocultar su descontento.

—¿Te importa lo que piense esa funcionaria?

—Ya no sé ni lo que yo pienso.

Él la atrajo hacia sí.

—Todo va a salir bien, Leslie.

La ceremonia fue fría. El juez firmó el certificado matrimonial y lo llevaron al Registro. Jason dio la dirección del rancho para que les mandaran su copia en unos días.

Tomó a Leslie de la mano y fueron al aparcamiento donde habían dejado el coche. Ella se ofreció para conducir, pero él negó con la cabeza. Necesitaba hacer algo y concentrarse en conducir lo ayudaría.

Sin preguntar, entró en el aparcamiento de un restaurante y se detuvo.

—Bueno, ahora estás a salvo. Ya eres ,oficialmente una Crenshaw de Texas y nadie va a molestarte nunca más —dijo él saliendo del coche—. El habernos casado me ha abierto el apetito.

Necesito comer algo.

Mientras conducían por Hill Country, Leslie contempló con atención el paisaje sin querer reparar en el hecho de que Jason no había dicho nada en las tres últimas horas. Habían dejado la interestatal hacía una hora y ahora continuaban por una carretera de dos carriles.

Para cuando llegaron a la entrada del rancho, apenas había luz. La verja de entrada estaba abierta y la atravesaron.

—¿Estás bien? Hace un rato que no dices nada —dijo ella mirándolo. Estaba pálido—. ¿Te duele, verdad?

—Es evidente, ¿no?

—Una vez lleguemos, vas a tomarte una de tus pastillas —dijo ella con rotundidad.

—Apenas hace unas horas que me he casado contigo y ya me' estás dando órdenes.

Fue a decir algo, pero vio un gesto divertido en sus ojos. Estaba bromeando. Iba a tener que acostumbrarse a su sentido del humor.

—Si te tomas tus medicinas, te daré un masaje.

—Eso está hecho.

El camino del rancho subía y bajaba colinas. Leslie distinguió los rebaños de vacas y ovejas.

—¡Mira! ¡Un ciervo! —exclamó.

—Querida, tenemos casi más ciervos que ganado. Son una plaga.

—Pero son muy bonitos y elegantes.

—Y hambrientos. Las mujeres del rancho tienen que poner vallas a los jardines. Si no, los ciervos acabarían con todo.

Leslie perdió el hilo de la conversación cuando llegaron a lo alto de una colina desde la que se divisaba una vasta extensión del valle. La casa parecía sacada de una película. Era grande, con el tejado rojo y las paredes blancas.

—¡Qué bonita!

—Estamos en casa —dijo Jason, deteniendo el coche—. Bienvenida a la ancestral casa de los Crenshaw.

Capítulo 12

Ya era hora de que vinieras. Estaba a punto de organizar una patrulla de búsqueda para salir a buscarte.

Leslie y Jason acababan de salir del coche cuando oyeron aquella voz masculina. Ella se giró y vio a un hombre fuerte, de anchos hombros y largas piernas, acercándose a ellos desde el patio.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre a Jason al llegar junto a él.

Jason asintió.

—Sólo algo cansado.

Leslie rodeó el coche hasta donde estaban los dos hombres.

—No me ha dejado conducir y necesita reposo

—dijo ella y extendiendo la mano, añadió—: Hola, soy Leslie O'Brien y apuesto a que tú eres Jake.

Jake se quedó sorprendido y ella se preguntó por qué.

—Encantado de conocerte. Parece que Jason se

olvidó de comentar un par de cosas cuando habló con Jude.

—¡Oh! Pensé que sabíais que venía con él —contestó sintiéndose incómoda.

—Sí, Jude me comentó eso. Sólo que se le olvidó decirme que eras tan atractiva —dijo y girándose hacia Jason, añadió—: Me ocuparé de vuestro equipaje. Entrad en casa.

Jason se dirigió lentamente hacia la entrada. Una vez llegaron, Leslie vio el interior de la casa a través de un gran ventanal que había junto a la puerta. Jake llegó a la vez que ellos a la puerta y dejó el equipaje en el suelo.

—Pasad —dijo abriendo la puerta.

Leslie entró primero y miró a su alrededor. Estaba dentro de una amplia cocina, con una mesa y sillas en un extremo y los más modernos electrodomésticos que pudieran necesitar.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó Jake mirando con preocupación a su hermano.

—Tiene que tomar sus medicinas. Es demasiado cabezota para hacerlo sin amenazas.

—Retira ese comentario —dijo Jason con seriedad.

—¿Dónde están?

—En mi neceser, dentro de mi bolsa —contestó Jason.

Jake encontró el envase y se lo dio a Jason. Después, fue por un

vaso de agua y sin mediar palabra, Jason se tomó la pastilla.

—Me pondré bien —dijo y mirando a Jake, preguntó—. ¿Dónde están Ashley y los niños?

—Ashley se ha llevado a Heather y a Joey a casa de papá y mamá para que pasen allí la noche.

Pensamos que necesitarías algo de tranquilidad.

Leslie observó a los hermanos intercambiar una mirada.

—Me sorprende que papá y mamá estén en el rancho y no de viaje —dijo Jason después de unos segundos.

—Desde que son abuelos, viajan menos —dijo Jake sonriendo.

—Estoy deseando conocer a mi nuevo sobrino.

—Crece muy deprisa. Hace apenas un año, estaba andando a gatas. Ahora, tenemos que estar siempre pendientes de él porque no para quieto —dijo Jake y girándose hacia Leslie, añadió—: Lo siento, no os he ofrecido nada de beber.

Ella sonrió.

—Lo cierto es que estaba a punto de pedirte que me enseñaras mi habitación. Quisiera refrescarme y sé que vosotros dos tenéis mucho de qué hablar.

Jake asintió.

—Claro —dijo tomando el equipaje—. Te enseñaré tu habitación.

Leslie lo siguió escaleras arriba hasta un pasillo. Jake se detuvo y abrió una de las puertas.

—Espero que te guste la habitación.

Leslie no podía dejar de mirarla. Aquella habitación era tan grande como su apartamento.

—Es preciosa —dijo por fin.

—Bueno, tómate tu tiempo. Cenaremos en una hora más o menos. Descansa un rato si quieres.

—Gracias.

Cuando Jason le había hablado de su casa, se había imaginado una vieja granja en mitad de la nada. En absoluto se había imaginado una casa del tamaño de un hotel.

Sintió un escalofrío. Su vida se estaba volviendo más extraña por momentos. Se había casado con un hombre que parecía tener recursos para todo. Aquel sitio era enorme.

Abrió la maleta y sacó uno de sus vestidos. Se preguntó si Jason

le diría a Jake que se habían casado. No habían vuelto a mencionar el tema, lo que era un alivio. No quería decir nada más que pudiera herir a Jason porque, aunque no lo admitiera, era evidente que le había dolido que rechazara su proposición al principio.

Él era una extraña mezcla de dureza y ternura, de mal humor y simpatía y nunca estaba segura de cómo iba a reaccionar a sus comentarios.

Lo cierto era que ya estaban casados y no había nada más que discutir. Esperaba que Jason no comentara nada de la boda.

—¿Qué quieres decir con que te has casado? —dijo Jake modulando el tono de voz.

Jason miró a su hermano mayor, deseando haber mantenido la boca cerrada.

—¿Podemos hablar de esto en otra habitación en la que pueda estar más cómodo?

—No cambies de tema —dijo Jake poniéndose de pie y dirigiéndose al vestíbulo.

Jason también se levantó y sintió que las medicinas habían empezado a hacer su efecto. Se sentía algo mareado, pero por la sensación de alivio merecía la pena. Se sentó en uno de los sofás y suspiró.

—Lo que acabo de decirte. Leslie y yo nos casamos esta mañana en Dallas, motivo por el cual hemos llegado más tarde de lo que pensaba. Pensé que no os importaría la hora a la que llegáramos, por eso no te llamé.

Jake ignoró la explicación y volvió al asunto que le había llamado la atención.

—¿Te has casado con ella cuando sólo hace una semana que la conoces?

—Jake, no todo el mundo conoce a la mujer con la que se casa desde que era una niña, como te pasó a ti con Ashley.

—Nunca he dicho eso. Pero es muy raro en ti asumir un compromiso tan serio como el matrimonio de una manera tan impulsiva, al igual que esconderte en los bosques del norte sin decirle a nadie que estabas herido. Así que... ¿qué es lo que te pasa?

Jason se acomodó en el sofá y apoyó la cabeza en los brazos.

—Me gusta estar en casa. Me da sensación de tranquilidad y calma.

—Está bien, tu punto de vista está claro —dijo Jake y se quedó en silencio unos instantes—. He puesto a Leslie en una de las habitaciones de invitados. Deberías habérmelo dicho antes para ponerla en tu habitación.

—Has hecho bien. De todas formas, no creo que durmiera con ella.

Jake miró a Jason durante unos segundos, antes de agitar las manos en el aire.

—Me niego a hacer más preguntas sobre tu vida amorosa. Y ahora, cuéntame qué te pasó —

dijo señalando la pierna de su hermano.

Cuando Leslie bajó la escalera una hora más tarde, oyó unas voces que llegaban de una de las habitaciones que daban al vestíbulo. Al reconocer que una de las voces era la de Jason, se dirigió hacia allí. Antes de que ninguno de los presentes la viera, Leslie distinguió a una mujer que debía de ser Ashley, sentada junto a Jake en uno de los sofás. Jake levantó la mirada y al verla, enseguida se puso de pie.

—Pasa, Leslie y conoce a Ashley, mi esposa.

Ashley se puso de pie y esbozó una cálida sonrisa.

—Me alegro de que Jason te haya traído con él —dijo estrechando la mano de Leslie—. Sé que debes de estar pasando mucho miedo. No sé qué haría yo si estuviera en tu lugar.

Leslie se encogió de hombros y sonrió.

—Resulta que estaba en el lugar equivocado a la hora equivocada. Eso es lo que me pasa por quedarme a trabajar hasta tarde.

Ashley se encogió de hombros.

—Bueno, al menos te encontraste a Jason. Me alegro de que Jude sugiriera que los dos vinierais aquí —dijo Ashley y se acercó hasta una silla cercana a Jason, que estaba cómodamente sentado en una butaca—. Siéntate. La cena estará lista enseguida. Las mujeres del rancho nos han traído algunos platos. Si tuviera que cocinar yo, nos moriríamos de hambre.

Jake arqueó una ceja.

—Dile por qué.

Ashley se encogió de hombros.

—Soy una de las veterinarias e incluso cuando se supone que

estoy de descanso, no dejo de atender llamadas de emergencias.

Leslie la miró sorprendida.

—No te pareces a ningún veterinario que conozca —dijo Leslie y se sentó. Luego, miró a Jason

—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor —dijo Jason y la mirada que le dirigió, le dejó sin aliento—. Nunca te había visto con un vestido.

—Hemos pasado mucho frío hasta ahora.

—Estás muy guapa —murmuró como si estuvieran solos en la habitación.

—Gracias —dijo ella apartando la mirada.

—Jason nos ha estado contando el día que habéis pasado —dijo Ashley en un intento de cambiar de tema—. Os casasteis esta mañana, habéis conducido todo el día y ahora, vais a pasar la noche de bodas en familia. Es muy romántico.

Leslie miró a Jason.

—No sabía que ibas a contárselo.

El frunció el ceño.

—¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Querías mantenerlo en secreto?

—Podíais haber esperado un poco y haberos casado aquí, con toda la familia —concluyó Ashley.

Capítulo 13

La comida estaba deliciosa. A Leslie le cayeron bien Jake y Ashley. Eran una pareja unida y eso le gustó. Escuchó a los hombres hablar del rancho y de lo que el resto de la familia estaba haciendo.

Era evidente que había un fuerte lazo entre los hermanos. A Jason se le veía relajado y feliz. Aunque había temido el momento de enfrentarse a su familia, era obvio que los quería.

¿Sería consciente de la suerte que tenía?

Después de cenar, se excusó y se fue arriba. No tardó mucho en meterse en la cama y cuando estaba a punto de quedarse dormida, oyó unos suaves golpes en la puerta.

—¡Quién es?

—Soy yo —contestó Jason.

Seguramente, querría dormir con ella.

—Pasa.

Ella se sentó en la cama mientras él entraba en la habitación. Tenía el pelo mojado de la ducha y tan sólo llevaba unos vaqueros, con el primer botón desabrochado.

Jason se detuvo en el umbral de la puerta, sin saber si entrar.

—Me preguntaba si podrías darme un masaje en la espalda.

—No llevas bastón.

Él se encogió de hombros.

—Las medicinas hacen maravillas.

¡No pretendía dormir con ella, después de todo!

—Claro —dijo ella—. Ven y túmbate en la cama.

Él se sentó al borde de la cama para quitarse los vaqueros y ella se dio cuenta de que no llevaba nada debajo. Tenía que acostumbrarse a que estaba casado con ella.

Él se tumbó boca abajo junto a ella.

—¿Leslie?

—¿Sí? —dijo ella comenzando a masajearle la espalda.

—Te obligué a celebrar esta boda. No quiero que pienses que voy a aprovecharme del hecho de que legalmente pueda dormir contigo, porque no voy a hacerlo. Probablemente no creerás que puedo cumplir una promesa, pero te prometo que esta vez lo haré. No te haré el amor ni dormiré en tu cama a menos que me invites.

—Pareces muy modesto para ser un hombre de Texas.

—Lo digo en serio.
—Está bien.
—Una vez que los hombres que cometieron el asesinato sean condenados, quiero que te sientas libre para continuar con tu vida sin tenerme cerca.
Cada palabra fue acompañada de un gemido de placer, mientras ella le masajeaba la espalda.
—De acuerdo.
Él se enderezó, levantó la cabeza y la miró.
—¿De acuerdo? —repitió contrariado.
—Agradezco tu comprensión. Con suerte, en breve podré volver a casa y ver con, cierta perspectiva mi vida.
Él apoyó la cabeza en la almohada.
Jason tenía un cuerpo muy bonito y le gustaba acariciarlo. Había muchas cosas que le gustaban de él y una de ellas era su sentido del humor. A pesar de lo que sentía por él, eran completamente opuestos.
Ella había vivido entre algodones y era feliz con su vida anodina. Él era un militar que había viajado mucho y llevaba una vida que ella apenas podía imaginar. Seguramente, él no habría salido huyendo de la escena del crimen.
Sólo porque se sentía fuertemente atraída por él y porque era el primer hombre que le hacía el amor, no debería influir en las decisiones que tomara sobre su futuro. Necesitaba pensar con la cabeza y no dejarse llevar por sus emociones.
Leslie sabía que si Jason estuviera enamorado de ella y quisiera un futuro en común, ella se sentiría diferente sobre su situación.
Pero claro, ése no era el caso. Él llevaba tiempo solo y ella había aparecido en un momento en el que él estaba tan vulnerable como ella. Lo que había ocurrido entre ellos era predecible, dadas las circunstancias. Si hubieran usado protección aquella mañana, nunca habrían hablado de matrimonio.
Suspiró y se dio cuenta de que Jason se había quedado dormido en su cama otra vez, después de la promesa que le había hecho. Cuando se despertara, no se sentiría contento consigo mismo.
Se tumbó a su lado y lo tapó con la sábana. Todavía tardó un buen rato en dormirse.
Jason se despertó de golpe. ¿Qué estaba haciendo abrazado a

Leslie como si temiera que fuera a desaparecer de su vida? Con movimientos suaves, se apartó. Ella se agitó y murmuró algo, pero no se despertó.

Debía de haberse quedado dormido mientras le daba el masaje en la espalda. Sacudió la cabeza y se levantó. Recogió los vaqueros que había dejado en el suelo y lentamente se dirigió a la puerta.

La abrió y salió, cerrando la puerta tras de él. Todavía era temprano. Iría a su habitación y seguiría durmiendo.

—¿Así que no duermes con ella, verdad? —preguntó Jake, saliendo del dormitorio principal.

Jason se dio media vuelta y se apoyó en la pared para evitar caerse.

—No es lo que parece.

Jake se detuvo.

—Claro que no.

—Me dio un masaje anoche.

—¿Es así como lo llaman ahora?

—¡No ha pasado nada! He estado durmiendo hasta ahora. Si me disculpas, creo que me vestiré.

—Como quieras. Por lo que a mí respecta, no necesitas levantarte tan pronto —replicó Jake y continuó por el pasillo.

Jason observó a su hermano alejarse y sacudió la cabeza. A pesar de la edad que tuviera, todavía sentía la necesidad de contestar a su hermano mayor.

Después de vestirse y tomar su bastón, Jason bajó a la cocina, donde Jake estaba de pie, apoyado en la encimera, bebiendo una taza de café.

—¿Cuándo tienes que incorporarte a tu unidad? —preguntó Jake, mientras Jason se servía café.

—En cuanto los médicos de Bethesda me vean y me den permiso.

—¿Hablabas en serio cuando decías que ibas a dejar el ejército?

—Sí, me lo estoy planteando. Diga lo que diga el médico, mi pierna nunca volverá a ser la misma.

—¿Qué piensas hacer?

—Buena pregunta. No sé qué habilidades tengo para la vida civil.

—¿Acaso no has considerado volver a casa y trabajar en el

rancho? Sé de un sitio que está en venta, por si acaso estás interesado.

Jason no estaba preparado para aquello.

—Recuerdo que te gustaba trabajar conmigo cuando eras un niño.

—Tampoco eras tan mayor. Sólo nos llevamos ocho años.

—Y has estado fuera doce.

Jason se terminó el café y se sirvió más.

—Necesitaba madurar y pensé que el ejército era la mejor manera de hacerlo.

—Bueno, ahora que tienes una esposa, quizá quieras instalarte aquí en Hill Country.

Jason suspiró.

—No es un matrimonio real.

—¿Cómo?

—Quiero decir que es legal y todo eso, pero no estamos enamorados.

Jake se rió y tomó la cafetera.

—Qué te parece tan divertido? —preguntó Jason, irritado por la expresión de Jake.

—Tú. Puede que no te haya visto últimamente, pero te conozco lo suficiente para haberme dado cuenta de que sientes algo por Leslie. Se te ilumina el rostro cuando está en la habitación. No puedes apartar los ojos de ella y por lo visto, tampoco las manos.

—No he hecho el amor con Leslie esta noche —dijo entre dientes.

—Pero lo deseabas.

Jason se quedó mirándolo y un largo silencio se hizo en la habitación. Después dio un sorbo de café.

—Es cierto.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? ¿Jugando a ser su salvador? La rescatas, te enamoras de ella y te casas. ¿Y ahora no quieres tocarla?

—Es complicado. Además, no la amo.

—Eso es lo que dices.

—Es la verdad.

—De acuerdo —dijo Jake dejando la taza—. ¿Qué tal está tu pierna para montar a caballo?

—No lo sé, pero podría intentarlo.

—Entonces, vamos, buscaremos uno lo suficientemente dócil para ti. Quiero enseñarte algunas cosas que hemos hecho por aquí últimamente.

Cuando Leslie se despertó, comprobó que Jason se había ido en algún momento durante la noche y suspiró. Lo extraño era que en tan sólo una semana se había acostumbrado a compartir la cama con él. Sus sentimientos eran confusos y deseaba poder llamar a Teri para hablar con ella.

¿Acaso se sorprendería cuando descubriera que se había casado con un soldado?

Una vez se vistió, Leslie bajó las escaleras. Olía a beicon y café y su estómago rugió.

—Buenos días —dijo Ashley en cuanto la vio—. Llegas justo a tiempo. Acabo de avisar a los chicos para que vengan a desayunar. Tengo la impresión de que están hambrientos.

—¿A los chicos?

—Sí, a Jake y Jason. Llamé a Jake al móvil y me dijo que Jason y él estaban dando una vuelta a caballo por el rancho.

—¿Quieres decir que Jason está montando a caballo?

—Eso creo.

—Eso es que su pierna debe de estar mejor.

Mientras Ashley ponía los platos en la mesa, Leslie oyó pasos en el patio. La puerta se abrió y Jake entró, seguido de Jason. El parecido entre ambos era notable, sobre todo porque Jason llevaba botas y un sombrero texano, además de vaqueros y un chaleco, la misma ropa que Jake.

—Buenos días —dijo él evitando mirarla.

Los dos hombres se lavaron las manos en el fregadero y se sentaron uno frente al otro. Leslie se sentó junto a Jason.

—¿Has dormido bien? —preguntó él pasándole un plato de patatas.

—Bien, gracias —contestó ella, dirigiéndole una rápida mirada antes de tomar el plato que le ofrecía.

Enseguida lo siguieron beicon, salchichas, huevos revueltos y bizcochos.

Jason miró a Ashley, que estaba sentada junto a Jake.

—Tienes que trabajar hoy?

—Oficialmente no. Quiero tomarme esta semana libre. Me han prometido no llamarme a menos que ocurra una catástrofe.

—¿Cuándo llegan papá y mamá?

Jake miró su reloj.

—En menos de una hora.

—Les has dicho que ya he llegado, ¿verdad? Jake frunció el ceño.

—Sabían que estabas de camino. ¿No les llamaste anoche?

—Se me olvidó. No estaba de humor para tener una larga discusión.

—No pareces estar de mejor humor esta mañana.

Leslie colocó discretamente su mano sobre el muslo de Jason y él la miró sorprendido.

—Te quieren, Jason —dijo ella—. Tienes que estar agradecido de que tus padres sigan con vida.

Como si estuvieran solos, él tomó su mano y se la llevó a los labios para besarla.

—Gracias por recordármelo —contestó él antes de seguir comiendo.

—¿Has hablado con Jude? —preguntó Jake después de desayunar.

—No desde ayer por la mañana. Me dijo que me llamaría hoy para contarme cómo iban las cosas.

Jake sacudió la cabeza disgustado y luego miró a Leslie.

—¿Quieres montar a caballo con nosotros? —preguntó—. No iremos muy lejos.

—¿A caballo?

—Veo que nunca has montado a caballo.

—¿Vas a volver a montar?

—Seguramente sí. Hace un día muy bonito.

Lo más cerca que había estado de un caballo había sido en los desfiles del cuatro de julio.

Tragó saliva y levantó la cabeza.

—De acuerdo. Montaré con la condición de que alguno de vosotros me enseñe a montar sin caerme.

Leslie no podía creerlo. Estaba sentada sobre el caballo a pesar del miedo que sentía. Miró a los hermanos, cada uno a un lado suyo.

—Estoy lista.

—Deja sueltas las riendas. El caballo se mantendrá a nuestro lado.

Leslie se agarró a la silla de montar con ambas manos cuando el caballo echó a andar. Jason le había explicado cómo sujetarse con las rodillas y llevaba los pies en los estribos.

—Estás bien? —preguntó Jason, manteniéndose cerca de ella.

—Eso creo, al menos de momento. No sé lo que pasará si va más rápido.

Jake se rió.

—Lo estás haciendo bien, Leslie. Admiro tu disposición a probar cosas nuevas —dijo mirando a Jason antes de continuar—. ¿Ves aquellos árboles? Allí es dónde vamos. Hay algo que quiero comprobar.

Ella divisó un molino cerca de los árboles.

—Me alegro de haber venido con vosotros —dijo ella.

—Yo también —murmuró Jason.

Cuando llegaron al molino, ambos hombres desmontaron. Jason tomó a Leslie como si fuera una pluma y la dejó en el suelo. Ella se frotó el trasero.

—Je duele?

—Un poco.

—De hecho, a mí también. Hace mucho tiempo que no monto a caballo.

—Pues se te ve como si nada.

—No es de extrañar. Papá me llevaba con él antes incluso de que supiera caminar.

—Se te ve feliz —dijo Leslie mientras Jason miraba a su alrededor.

Él asintió.

—Es bueno estar en casa.

—¿Entonces, no sientes haberme traído contigo?

Él la miró durante unos segundos.

—No me arrepiento de nada de lo que ha pasado desde que apareciste en mi puerta.

Habían pasado muchas cosas desde entonces, pero por el brillo de sus ojos, era evidente que se estaba refiriendo a hacerle el amor.

—Yo tampoco.

Ninguno habló de vuelta a las cuadras. Leslie estaba nerviosa por conocer a los padres de Jason.

—¿Vas a decirles a tus padres que estamos casados? —preguntó Leslie una vez llegaron a las cuadras.

—Jake y yo hemos hablado de eso. Creo que ya los he disgustado bastante como para decirles que nos hemos casado sin decírselo a nadie.

—Bien —dijo ella sintiéndose aliviada—. Podemos guardarnos esa noticia para otro momento.

Una vez desmontaron, Jake entregó los caballos a uno de los muchachos.

—Te dije que no tardarían mucho en llegar —dijo Jake, a medio camino hacia la casa, señalando una camioneta roja.

—Veo que papá se ha comprado una camioneta nueva.

—Así es.

—Tiene buena pinta.

—Sí. Le dije que su vieja camioneta iba a estropearse un día de éstos, así que decidió comprarse una nueva más grande para poder llevar a los nietos.

Llegaron a la casa, a la vez que la camioneta. Joe salió con Joel y Gail ayudó a Heather a bajarse. Heather vio a Jake y corrió hacia él.

—Papá —dijo y lo abrazó por la cintura—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también, cariño.

Jason se acercó cojeando a sus padres. Los ojos de Gail estaban húmedos.

—Bienvenido a casa, hijo —dijo Joe.

Gail abrazó a Jason.

—Da igual los años que tengas, tú siempre serás mi pequeño.

Joe dejó al pequeño Joel en brazos de Gail y abrazó a Jason.

Los ojos de Leslie se llenaron de lágrimas al ver el reencuentro. Joe, Gail y Jason hablaron un rato y después Joe se giró.

—¿Vamos a quedarnos aquí todo el día?

Joel se agitó en brazos de Gail y se inclinó hacia Jake, que riendo lo tomó en sus brazos. El pequeño se parecía mucho a su padre.

Mientras el grupo se dirigía a la casa, Jason se giró y tomó de la

mano a Leslie.

—Mamá, papá, os presento a Leslie. Se quedará con nosotros una temporada.

Gail sonrió.

—Bienvenida, Leslie. Me alegro de que Jason te haya traído.

—Me alegro de conocerte, Leslie —dijo Joe—. Creo que tienes algún problema y necesitas un lugar donde esconderte. No podrías haber elegido un lugar mejor.

—Gracias, señor Crenshaw. Les agradezco su hospitalidad.

—Llámame Joe —dijo y rodeando los hombros de su esposa, añadió—: Y ella es Gail.

—De acuerdo —dijo Leslie.

Jason dejó que los demás entraran en la casa y Leslie esperó a su lado.

—Tus padres parecen unas personas maravillosas —susurró.

—Yo también pienso que son muy especiales.

Los padres de Jason se fueron al anochecer y Jake y Ashley subieron para bañar a los niños y meterlos en la cama. Jason encendió la televisión e invitó a Leslie para que lo acompañara.

—Esto es un lujo. No recuerdo la última vez que vi la televisión —dijo Jason.

—Estoy sorprendida con tu familia. ¿Son tus otros hermanos tan agradables como tu padre y Jake?

—Supongo que sí.

—Tu madre me ha contado que con los gemelos, ya tiene cinco nietos. Dice que va a esperar hasta que Jude y Carina se acostumbren a sus bebés antes de visitarlos.

—Jude se ha disculpado por no haber llamado antes. Los bebés le han dejado dormir por fin y ha llegado tarde a trabajar.

El estar tan cerca de Jason le hacía sentir deseos de lanzarse en sus brazos. Se estaba acostumbrando a tenerlo a su lado.

Más tarde, subieron y él la acompañó a su habitación. En la puerta, se detuvieron.

—Encajas en esta familia como si fueras parte de ella —dijo él tomando el rostro de Leslie entre sus manos y dándole un suave beso en los labios—. Llevo todo el día deseando hacer esto —añadió atrayéndola hacia él hasta que sus cuerpos se tocaron desde los hombros hasta las rodillas—. Incluso eres tan alta como yo. ¿Ves lo

bien que encajamos?

Leslie no podía pensar en una sola razón para no invitarlo a su cama. 0 quizá sí.

—¿Por casualidad has comprado preservativos?

Su expresión era pícara.

—Por supuesto. ¿Quiere eso decir que me estás proponiendo que te haga el amor? Recuerda, eres tú la que decide.

—Eso me gustará —respondió ella, sintiéndose repentinamente tímida.

Al cabo de unos minutos, ambos estaban desnudos y en la cama mientras Jason le mostraba lo excitante que era hacer el amor. El parecía no obtener suficiente y ella disfrutaba cada minuto. No se durmieron hasta primera hora de la mañana.

Capítulo 14

—¿Lenny?

—¿Qué quieres Bryce? Me has despertado.

—Tenemos una pista sobre esa testigo.

—¿De veras? ¿Dónde está?

—Se ha casado en Dallas.

—¿Cómo demonios ha llegado a Dallas desde Michigan sin que nos enteráramos? No sé cómo pudimos perder su rastro.

—El sistema informático dio su nombre al hacer una búsqueda. Cuando imprimí el documento para comprobar si se trataba de la misma mujer, comprobé que la dirección que había dado era Deer Creek. Tiene que ser ella, estoy seguro.

—¿Quién es el hombre?

—El certificado de matrimonio dice que su nombre es Jason Crenshaw. ¿Te dice algo ese nombre?

—No.

—A mí tampoco.

—¿Pone su dirección?

—Un apartado de correos en una ciudad llamada New Eden, en Texas.

—Dile al sheriff que tenemos una nueva pista y que vamos a ocuparnos de atar unos cabos sueltos.

Dos semanas después de llegar, Leslie salió del baño y vio a Jason en la cama, esperándola.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella asintió.

—No estoy embarazada —dijo y se metió entre las sábanas.

—Eso está bien. Creo. Simplifica las cosas.

Ella se llevó las rodillas al pecho.

—¿Quieres que te traiga algo?

Ella intentó sonreír, pero le fue imposible reprimir las lágrimas, lo que era ridículo. Se sentía aliviada de no estar embarazada.

—Supongo que no tienes una manta eléctrica a mano.

Él retiró la ropa de cama y se puso los vaqueros.

—Espera, enseguida vuelvo.

Cuando la puerta se cerró tras él, Leslie pensó en las dos últimas semanas. Puesto que Jason había estado durmiendo con ella cada

noche, era comprensible que su matrimonio hubiera pasado a ser más real para ella.

Su pierna sanaba y ya no usaba bastón. Era como si tuviera prisa por volver a la vida activa.

Con un poco de suerte, ella volvería a Deer Creek, son continuaría con su vida.

Olvidarlo iba a resultarle imposible. Había congeniado con su familia y había disfrutado jugando con los niños. La hija de Jake, Heather, era adorable. Era lista, curiosa y nunca paraba de hablar. Era Heather quien cada tarde le estaba enseñando a Leslie la vida en el rancho después de volver del colegio.

Una gran familia era un regalo. Ella apenas recordaba a sus abuelos. Su abuela había muerto cuando Leslie tenía cinco años y su abuelo un año después.

La puerta de la habitación se abrió. Jason enchufó una manta eléctrica y se la dio a Leslie.

—Gracias —dijo ella ajustando la temperatura y disfrutando del calor.

—¿Quieres café?

Jason, no tienes por qué cuidar de mí. Estoy bien. El primer día es normalmente el más doloroso.

Se sentó junto a ella en la cama y le retiró el pelo de la frente.

—Odio verte sufrir.

—No es para tanto. Es más incomodidad que otra cosa.

—¿Siempre es así?

Ella asintió.

—El médico dice que mejorará después de que tenga hijos.

Se quedaron mirándose en silencio.

—Iré por café.

Al poco volvió con el café y se quedó hasta que Leslie le dijo que no se preocupara por ella.

Después de tomarse el café, Leslie se metió en la cama y se quedó dormida.

Jake estaba en la cocina cuando Jason volvió a bajar.

—¿Está todo bien? —dijo observando el rostro de su hermano.

Jason asintió.

—Leslie se encuentra un poco molesta. Dice que le pasa cada mes.

—Eso acaba con mi teoría. Pensé que estaba embarazada. Ésa era la única razón por la que había pensado que te habías casado.

—No soy tan bueno como para dejarla embarazada en una semana.

—¿Creías que estaba embarazada?

Jason se giró y llenó su taza de café.

—Claro que no.

—Entonces, ¿explícame cómo funciona un matrimonio que no es real? Me tienes confundido.

—Quería tener la obligación legal de protegerla, aunque sólo fuera por que usara mi apellido.

—Estoy impresionado. Eso es algo muy loable. Jason se giró y miró a su hermano.

—No es para tanto. Quería dormir con ella y pensé que ésta era la única manera de lograrlo.

—Eso es más típico del hermano al que conozco y quiero. ¿Saldrás con los muchachos y conmigo al campo o vas a quedarte en casa?

—Estaré listo en cuanto me vista.

Después de vestirse, Jason se asomó a la habitación de Leslie y vio que estaba dormida. No sabía por qué tenía aquel sentimiento. Ella se quedaría allí en el rancho el tiempo que necesitara y él volvería a Bethesda para que le dieran el alta médica y volver a su unidad.

No tenía por qué dejar el ejército. Sólo necesitaba algún tiempo para curarse y poder pensar con claridad. Un matrimonio entre ellos nunca funcionaría.

Cuando Leslie se despertó, se sentía mejor. Eran casi las once. Todos se habrían ido ya. Los hermanos estarían trabajando en alguna parte del rancho y Ashley estaría en New Eden en su consulta.

Se vistió y bajó. Ashley le había dejado una nota sugiriéndole varias cosas para comer. Era como tener una hermana mayor.

Jude llamó después de que comiera y estuvo charlando con él un rato.

—Así que te han dejado sola —comentó.

—Así es.

—¿Te gusta el rancho?

—Me lo estoy pasando muy bien. Nunca pensé que pudiera existir un sitio así. Los espacios abiertos me impresionan.

—¿Crees que te cansarás de estar aislada?

—No me siento aislada.

—No sé si alguien te ha hablado de la primera esposa de Jake. Era una mujer de ciudad.

Siempre había vivido en Dallas y tenía una intensa vida social. No le gustaba vivir en el rancho y por eso lo dejó.

—Era una idiota. Ser la esposa de un Crenshaw es más que suficiente para hacer feliz a una mujer.

—Creo que deberías hablar con mi esposa y recordárselo. Le diré que debería sentirse agradecida de levantarse varias veces cada noche para dar de comer a los Crenshaw más jóvenes. 0

mejor no. Últimamente, su sentido del humor es escaso.

—Gracias por mandarme aquí, Jude. Me lo he pasado bien.

—Me alegro de oír eso. Las cosas se están poniendo calientes en Deer Creek y por eso he llamado. Ha habido algunas detenciones y un par de locales de apuestas han sido cerrados. El FBI quiere que testifiques y quieren que estés a salvo. Será mejor que te relajes y disfrutes.

Ella suspiró.

—Estoy segura de que me he quedado sin trabajo.

—¿Quién sabe? Quizá cuando tu jefe averigüe por qué te fuiste, te vuelva a contratar. La gente honesta de la ciudad va a sentirse aliviada de que algunos delincuentes estén fuera de circulación —

hizo una pausa y añadió—: Dile a Jason que he llamado. Todo parece estar funcionando de acuerdo al plan.

—Se lo diré.

Cuando el teléfono volvió a sonar media hora más tarde, Leslie se quedó mirándolo sorprendida. Apenas sonaba durante el día porque todo el mundo sabía que Jake y Ashley estaban trabajando. Claro que podía ser Jude con alguna novedad.

—Residencia de los Crenshaw —dijo después de descolgar.

—Quisiera hablar con Jason Crenshaw, por favor.

Se quedó helada al reconocer aquella voz. La había escuchado cuando aquellos hombres fueron a la cabaña buscándola. Leslie comenzó a temblar. ¿Cómo habían logrado encontrarla?

—El señor Crenshaw no está aquí en este momento. ¿Quiere que

le diga que le llame? —

preguntó confiando en que su voz no revelara el miedo que sentía.

—¿Cuándo cree que volverá? Necesito hablar con él tan pronto como sea posible.

—No lo sé. ¿Quiere dejarme su número de teléfono?

—Le volveré a llamar —dijo el hombre y colgó.

¿Habrían descubierto los oficiales que Jason era el hombre que habían visto en la cabaña? Se dio la vuelta y comenzó a caminar por la habitación. Después de pensar durante unos minutos, decidió llamar a Jake.

—¿Ya te estás aburriendo? —preguntó Jake al contestar su teléfono móvil.

—Oh, no. Parece que uno de los oficiales ha dado con Jason. Ha llamado hace un rato y ha preguntado por él. Ha dicho que volvería a llamar.

—Enseguida estamos ahí —dijo él y colgó.

¿Cómo había logrado una sola llamada de teléfono ponerla tan nerviosa? Sabía que estaba segura en el rancho. Además, Jake y Jason llegarían enseguida. Se habían ido en la camioneta, lo que quería decir que habían ido más lejos de lo habitual. Jason continuaba sintiendo molestias cuando montaba a caballo durante largo rato.

Poco más tarde, oyó el sonido de una camioneta detenerse cerca de la casa y fue a la cocina para encontrarse con ellos. Jason fue el primero en cruzar la puerta y al verla, se acercó veloz a ella.

La abrazó con tanta fuerza que Leslie apenas podía respirar.

—Nadie va a hacerte daño, cariño. ¿No te lo había prometido? De camino, he llamado a Jude.

Va a avisar al FBI.

Ella apoyó la cabeza en su pecho y escuchó los latidos de su corazón. Cuando levantó la cabeza, vio a Jake apoyado en la encimera con los brazos cruzados sonriendo con expresión de sorpresa.

Leslie se separó de Jason.

—Por qué te ríes?

—En ocasiones, mi hermano me sorprende. Estaba conduciendo lo más rápido que la camioneta y las condiciones de la carretera

permitían y Jason no dejaba de gritar: ¡deprisa!, ¡deprisa!

Era como si el mundo se estuviera acabando y tuviera que llegar junto a ti cuanto antes. Jason todavía abrazaba a Leslie.

—Estaba equivocado, ¿de acuerdo? Así que deja de restregármelo. No me he dado cuenta hasta que llamó y supe que esos hombres la habían encontrado.

—Darte cuenta de qué?

Jason la miró y la besó en la nariz.

—Luego hablaremos. De momento, éste es el plan.

Cuatro horas más tarde, el teléfono sonó. Jake lo dejó sonar un par de veces antes de contestar.

—Residencia de los Crenshaw.

—¿Hablo con Jason Crenshaw? —preguntó una voz masculina.

—No. Soy su hermano.

—¿Podría hablar con él?

—Claro.

Jason, Leslie y él habían estado esperando en el estudio de Jake, mientras Ashley acostaba a los niños. Jason esperó un minuto antes de tomar el teléfono.

—¿Dígame?

—Jason Crenshaw?

—Soy yo.

—Le llamo del departamento del sheriff de Deer Creek, Tennessee. Creo que se ha casado recientemente con Leslie Joanne O'Brien.

—Así es.

—¿Está ahí con usted?

—En este momento, no.

—Pero... ¿vive con usted?

—No sé qué puede importarle, pero sí, es lo que las parejas casadas suelen hacer.

Se hizo una pausa.

—Siento curiosidad por saber cuánto tiempo hace que conoce a la señorita O'Brien.

—La señora Crenshaw —le corrigió Jason.

—Cierto, la señora Crenshaw.

—¿Qué más da?

—¿Se da cuenta de que es una fugitiva y de que hay una orden

de detención?

—¿De qué está hablando?

—Hace unas semanas, ha sido condenada por asesinar a un oficial de Deer Creek, Tennessee.

En algún traslado, se las ingenió para huir. Nos ha costado mucho trabajo dar con ella.

—Debe de estar equivocado. Leslie no es ninguna asesina.

—Veo que a usted también lo ha engañado. Lo ha hecho con mucha gente. Las pruebas demostraron que mientras trabajaba en el despacho de un auditor... Por cierto, ¿sabe que es contable?

—Sí.

—La pillaron malversando fondos públicos. Al principio pensamos que había sido uno de los oficiales del Ayuntamiento que había desaparecido, hasta que encontramos su cadáver. Enseguida se la declaró culpable.

Jason se preguntó si aquel hombre se habría planteado alguna vez escribir guiones.

—Entiendo.

—Sé que esto es difícil para usted, pero tenemos que ir a buscarla. Si no coopera, nos veremos obligados a arrestarlo por obstrucción a la justicia.

—¿Es que el sheriff de Deer Creek tiene jurisdicción en Texas?

Se hizo otro silencio.

—Una vez estemos seguros de que es la persona que buscamos, llamaremos a las autoridades competentes para formalizar el procedimiento. El asunto es —continuó el hombre en tono confidencial—, que esa mujer no ha dejado de ser una molestia desde que escapó. Quisiéramos estar seguros de que la tenemos antes de notificárselo a las autoridades pertinentes.

—Todo esto no me suena bien. Tiene que confundirse con otra persona.

—Nos aseguraremos en cuanto la veamos.

Jason suspiró.

—Creo que tiene razón. No quisiera, obstruir a la justicia ni quebrantar ninguna ley.

—Según me han dicho, vive en el campo. ¿Podría indicarme cómo llegar?

—Claro —dijo Jason y le dio las indicaciones antes de colgar.

Jake, Jason y Leslie cruzaron el pasillo en dirección al estudio.

—¿Lo tienen? —preguntó Jake a los cuatro hombres que estaban allí.

Gus Emery, uno de los agentes del FBI, asintió.

—Sí, señor. Me imagino que no nos hubiera llamado si ese hombre dijera la verdad, pero he de admitir que suena bastante convincente. Creo que han metido la pata con el asunto de la jurisdicción, pero se mueven rápido.

Jason estaba de pie, rodeando con un brazo la cintura de Leslie.

—¿Cuánto tiempo cree que tardarán en llegar? —preguntó Gus.

—Depende de dónde estuvieran llamando.

Gus comprobó el rastreador.

—Un motel en New Eden.

—Teniendo en cuenta que es un lugar desconocido y que es de noche, me imagino que tardarán al menos cuarenta y cinco minutos —dijo Jake.

—De momento, todo va bien. Esperemos que ellos solos se descubran.

Jason se giró hacia Leslie.

—¿Sigues estando de acuerdo con esto?

Ella asintió.

—Estoy de acuerdo con los agentes, no creo que traten de hacer nada hasta que estés a solas con ellos y eso no va a pasar. Estoy deseando que termine esta pesadilla para que podamos continuar con nuestras vidas.

—Desde luego. Tú tienes que volver al servicio y yo a casa a buscar. un trabajo.

—¿Recuerdas que te dije que ya hablaríamos cuando tuviéramos más tiempo? Quiero hablar contigo acerca del futuro.

¿Qué significaba eso? Fuera lo que fuese, podía esperar. Si conseguía que aquellos hombres hablaran, no tendría necesidad de declarar ante un jurado.

Tenía iniciativa suficiente como para ganar un Oscar de la Academia. Necesitaba recordar que, a pesar de lo que sentía, no estaba sola.

Capítulo 15

Jake atravesó el vestíbulo al oír que llamaban a la puerta. Nadie que conociera a los Crenshaw usaba la puerta principal, así que no había duda de que eran ellos. Encendió las luces y abrió la puerta. Dos hombres uniformados aparecieron frente a él.

—¿El señor Crenshaw?

—Sí, soy Jake Crenshaw. Bienvenidos a mi casa. Pasen.

Observó a los dos hombres entrar y mirar a su alrededor, reparando en el suelo de mármol y en la escalera circular que conducía al piso de arriba.

—Tiene una casa muy bonita —dijo el más joven y alto.

—Gracias.

—He quedado en encontrarme aquí con Jason y Leslie Crenshaw —dijo Leonard al ver que Jake no decía nada más.

Jake asintió.

—Pasen por aquí —dijo y les indicó el camino hasta su estudio. Una vez dentro, continuó—: Siéntense, caballeros. Por desgracia, mi hermano se ha quedado muy molesto con su llamada, así que se fue sin decirle a Leslie que iban a venir. Dijo que así las cosas serían más fáciles para ustedes.

Los agentes intercambiaron una mirada.

—Un tipo listo —dijo Leonard—. ¿Dónde está ella?

—Está arriba. Esperen aquí mientras la aviso.

Jake salió del estudio, cerró la puerta y subió los escalones de dos en dos hasta que llegó al pasillo. Jason y Leslie esperaban ocultos en la oscuridad.

—De momento, todo va bien —dijo Jake y tomando la mano de Leslie, añadió—: Ha llegado la hora del espectáculo.

Jason la besó y le dijo algo al oído que la hizo sonreír.

—Estoy lista —dijo ella mirando a Jake y lo siguió escaleras abajo.

—Aquí la tienen, caballeros —dijo Jake abriendo la puerta del estudio—. Avísenme si necesitan algo.

Tan pronto como Jake cerró la puerta, Jason bajó las escaleras. Ambos hermanos fueron al salón y se sentaron.

Leslie simuló quedarse de piedra al ver a los dos hombres.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó—. ¿Cómo me han

encontrado?
—No ha sido fácil, señorita —dijo Bryce, el mayor—. Nos ha hecho recorrer el país durante estas últimas semanas y hemos perdido mucho tiempo.
Leonard le indicó que se sentara en una de las sillas
—Sabe por qué estamos aquí. Su huida ha terminado.
Leslie ignoró la silla que Leonard le señalaba y rodeó la mesa para sentarse en la silla de Jake, a fin de colocarse al otro lado.
—No lo entiendo, no vi nada. ¿Por qué no me dejan en paz?
Leonard se quedó mirándola.
—¿No vio nada, eh? Entonces, ¿cómo sabe quiénes somos? Sé que aquella noche me vio siguiéndola en el coche. Si no vio nada, ¿por qué no se detuvo cuando encendí las luces?
—Prometo que no diré una palabra a nadie. No se lo he dicho a nadie ni es mi intención hacerlo. Ahora estoy casada, estoy empezando una nueva vida.
Bryce se rió.
—¿De veras creía que cambiarse de apellido iba a evitar que la encontráramos? Va a volver con nosotros a Tennessee. Quizá si es amable con nosotros, pueda llegar con vida allí.
—Cállate, Bryce —protestó Leonard.
—¿Por qué no me dejan en paz? No tengo miedo de ninguno de ustedes.
—Yo no lo veo así —dijo Leonard con una sonrisa fría—. Aparecimos justo después de que disparara al pobre Abner Wallace. Cuando nos vio salir del coche, se metió en el suyo y huyó, a pesar del intento que hicimos por detenerla.
—Llamé a la policía tan pronto como llegué a casa.
—Fue todo un detalle por su parte. Eso nos ahorró mucho tiempo. Lo malo es que no esperó a que llegáramos.
—Me dio miedo y huí.
—Bueno, bueno. El juego ha terminado.
—Es imposible que puedan acusarme de asesinato y lo saben. No tengo armas y nunca las he tenido. En cuanto el juez escuche el caso…
—Díselo, Leonard —dijo Bryce.
—Al parecer hay una pistola registrada a su nombre. La encontramos escondida en su coche al día siguiente.

—Nunca he tocado un arma. Seguro que no tiene mis huellas.

—Fue muy lista usando guantes de látex.

—¡Están inventando todo esto! —dijo Leslie a punto de llorar.

La puerta se abrió y Leonard se puso en pie.

—Gracias por dejarnos usar su estudio, señor Crenshaw —dijo y de pronto volvió la vista—.

¡Usted! —exclamó al ver a Jason—. Estaba en la cabaña de Michigan. Estaba allí con usted.

Jason se quedó en el umbral de la puerta.

—He de admitir que parecen buenos detectives. Nunca pensé que la encontrarían aquí.

—Internet es una buena herramienta —dijo Bryce encogiéndose de hombros.

Leonard miró a Bryce.

—Parece que nos tendremos que llevar a los dos. Él es tan culpable como ella.

—Eso es completamente cierto —dijo Jason—. Ninguno de los dos es culpable de nada. No sé quién demonios se creen que son, pero no tienen jurisdicción aquí en Texas.

Bryce miró a su socio.

—Seguro, nosotros...

—Cierra el pico —dijo Leonard—. Hemos perdido mucho tiempo buscando a esta mujer como para dejarla ir ahora.

—Al menos sean sinceros y digan por qué la buscan.

—Se lo dije por teléfono —dijo Leonard—. Es testigo de un crimen.

Bryce asintió.

—Eso es cierto.

—Es curioso, pero eso no es lo que me dijo por teléfono. Me dijo que era una fugitiva. Será mejor que aprendan a no cambiar sus historias.

—Los vi disparar a un hombre —dijo Leslie rodeando la mesa para colocarse junto a Jason.

Bryce se rió.

—No puede probarlo. Es su palabra contra la nuestra. Encontramos la pistola en su coche, con las huellas dactilares borradas.

Leslie se inclinó hacia Jason.

—No dejes que nos lleven. Son unos asesinos, Jason.

Jason la rodeó por los hombros.

—No te preocupes, cariño, no van a llevarnos a ningún sitio. Porque eso sería secuestro.

La pistola de Leonard apareció en su mano.

—Súmelo a nuestros pecados. Ahora, muévanse. Nos vamos. Si intentan algo, soy capaz de disparar a su hermano. Puedo acabar con toda la familia si quiero. Diremos que nos vimos obligados a defendernos.

Jason miró a la pistola y luego a los ojos del oficial. Aquel tipo no dudaría en disparar. Aquélla era la parte peligrosa del plan. Cuando Jake y él lo habían preparado con los agentes del FBI, trataron de valorar todas las posibilidades, incluyendo que alguno de aquellos hombres sacara una pistola.

—Bueno, Leslie —dijo tratando de mostrarse vencido—. Creo que no tenemos otra opción.

Se giró hacia ella y la condujo hacia el pasillo. Una vez fuera de la vista, la atrajo hacia él y esperó.

Leonard y Bryce salieron del estudio y descubrieron que no eran los únicos agentes de la ley que había en la casa. Los agentes del FBI los rodearon.

—Están arrestados por el asesinato de Abner Wallace, por intento de secuestro y por amenazar a un testigo. Suelte la pistola y levante las manos —dijo uno de los agentes.

Los oficiales miraron las armas que había apuntándolos mientras el agente les leía sus derechos. Leonard dejó la pistola en el suelo y uno de los agentes rápidamente los esposó.

—Creo que no van a necesitarnos —susurró Jason a Leslie.

A pesar de que todo había acabado, Leslie no podía dejar de temblar. Jason continuó rodeándola con su brazo y subieron la escalera.

Jason abrió la puerta del dormitorio de Leslie y entraron. Ella se sentó en la cama y lo miró.

—No puedo creer que todo haya acabado. Ha sido como una pesadilla de la que no pudiera despertar.

Él se sentó al otro lado de la cama y se apoyó en el cabecero.

—Espero que no pienses que todo ha sido una pesadilla.

Ella lo miró y se acomodó sobre una almohada.

—Oh, Jason, claro que no. Me has salvado la vida. Te estaré eternamente agradecida a ti y a tu familia por lo que habéis hecho.

—Escucha, he estado pensando mucho sobre nuestra situación desde que descubrimos que no estabas embarazada. Por fin me he dado cuenta de que me siento decepcionado.

—¿De que no esté embarazada? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Lo sé, a mí también me sorprende. Creo que estaba tan convencido de que lo estabas que mi cabeza comenzó a hacer planes para el futuro.

—Admito que a mí también me entristeció, pero ambos sabemos que es mejor así. Ahora podremos continuar con nuestras vidas.

—Pensaba que quizá pudiéramos continuar juntos con nuestras vidas.

Leslie cerró los ojos. Aquello no estaba pasando. Aquel día no dejaba de tener sorpresas para ella.

—Necesito volver a Deer Creek.

—Lo sé.

—Tú tienes que volver al servicio.

—Lo sé.

—No quiero ser la esposa de un militar.

—Lo sé.

Leslie comenzaba a desesperarse.

—Así que se acabó la discusión.

—No. Necesitas volver a Deer Creek porque tienes un apartamento allí. Tienes que recoger tus cosas y mudarte.

—Los agentes del FBI dijeron que en unas cuantas semanas podría volver a mi vida habitual.

—Por lo que Jake estaba tan sorprendido en la cocina era porque he estado negando una y otra vez que estuviera enamorado de ti. Finalmente, he reconocido que estaba equivocado. Estoy loco por ti, Leslie Joanne O'Brien Crenshaw y si hay algo que desee es seguir casado contigo.

—Pero, Jason...

—Escúchame, ¿de acuerdo? Jake y yo hemos estado hablando acerca de que abandone el servicio y vuelva a casa. Sabe de un rancho que venden. De hecho, el terreno fue de los Crenshaw hace unos cien años y me gustaría recuperarlo. No sé qué piensas de ser

la esposa de un ranchero, pero creo que es mejor que serlo de un militar. Así que ¿qué me dices? ¿Te casarías conmigo otra vez? Jake tenía razón. Tanto tú como mi familia os merecéis una celebración por todo lo alto.

—Jason, por mucho que quiera decir que sí, soy consciente de que desde que nos conocimos, nuestras vidas no han sido normales. Apenas has podido descansar y sé que te gustaría volver al servicio militar. No quiero darte una respuesta hasta que ambos estemos seguros de lo que queremos hacer. No me gustaría que algún día te arrepintieras de haber cambiado tu vida por mí.

—Me amas.

—Claro que sí. Nunca hubiera hecho el amor contigo si no fuera así. Te lo dije, no me gustan las relaciones esporádicas.

Él frunció el ceño.

—¡Hicimos el amor en Dallas! ¿Ya entonces sabías que me querías?

—Por supuesto. Traté de convencerme de que era tan sólo fascinación y que podría olvidarlo.

Pero no es el caso. Te quiero y me gusta la vida en el rancho. Es sólo que no quiero que te arrepientas de tu decisión.

El se acercó y la rodeó con sus brazos.

—Oh, Leslie. Entonces, ¿estás de acuerdo en que continuemos casados? Necesito oírlo.

—Sí, Jason, pero no hagamos celebraciones todavía.

Capítulo 16

Leslie abrió la puerta de su apartamento y entró. Todo seguía en su sitio, a excepción de las plantas, que se habían secado. A continuación, se dirigió al apartamento de Teri. Llamó a la puerta y esperó.

—¿Quién es? —preguntó su vecina desde el otro lado de la puerta.

—Teri, soy yo, Leslie.

La puerta se abrió enseguida.

—Dios mío, eres tú. ¡Qué alivio volver a verte! Pasa y nos pondremos al día.

Leslie lanzó una mirada hacia la puerta de su apartamento.

—Espera que cierre la puerta. He echado un vistazo rápido para comprobar que todo seguía igual.

Una vez dentro del apartamento de Teri, se sirvieron café y se sentaron en el salón.

—¿Has visto el periódico? —preguntó Teri—. Toda la ciudad está conmocionada.

—No. Acabo de llegar a la ciudad después de dos días conduciendo. Hace días que no leo un periódico.

—¿Conduciendo?

Leslie asintió.

—¿Tienes un coche nuevo? —preguntó Teri sorprendida.

—Más o menos. Es mío a medias —dijo señalando hacia el aparcamiento.

—¿El soldado y tú os habéis comprado un coche a medias?

—De hecho, nos hemos casado.

Teri se quedó mirándola, en silencio durante largos segundos.

—¿No hablas en serio, verdad?

—Sí, nos casamos en Dallas. Vamos a celebrar la boda en cuanto Jason deje el ejército y quiero que tú seas mi dama de honor.

Teri rompió a llorar.

—Sólo lo conoces desde hace unas semanas. Esto es muy raro en ti, Leslie. Tú siempre has sido muy prudente. ¿Por qué te has casado con un hombre al que apenas conoces?

Leslie sonrió.

—Cuando lo conozcas, lo entenderás.

El día de la segunda boda de Leslie resultó ser un día fresco y soleado. Decidieron que era lo suficientemente cálido como para hacer la celebración al aire libre. Ashley le había advertido que todos los Crenshaw estarían allí, además de amigos y vecinos.

Leslie hacía varias semanas que no veía a Jason, aunque habían hablado por teléfono cada día.

Según le había dicho Ashley, había llegado la noche anterior y le había hecho prometer que no la despertaría la noche antes de la ceremonia.

Ashley, Lindsey, la esposa de Jared, y Gail estaban en la habitación de Leslie, ayudándola con los últimos retoques del peinado, del vestido y del velo, mientras Carina, la esposa de Jude, las observaba junto a sus gemelos, que dormían plácidamente. Leslie había conocido a los otros dos hermanos de Jason el día anterior, cuando llegaron. Jude y Leslie hablaron largo y tendido y ella tuvo la oportunidad de darle las gracias por lo que había hecho por ella.

Leslie miró maravillada a todas las mujeres Crenshaw. Ahora era una de ellas, aunque Ashley era la única de ellas que sabía que ya estaban casados. Teri entró.

—Todo está listo. ¿Estás nerviosa?

Leslie sacudió la cabeza.

—En absoluto. Estoy deseando ver a Jason.

—Ya veo por qué te enamoraste de tu soldado.

—Ex soldado.

Teri sonrió.

—Todos los Crenshaw son encantadores y tienen un gran carisma —dijo mirando a su alrededor a las otras mujeres—. Hay que ser una mujer fuerte para tratar con ellos, te lo aseguro.

Las demás rompieron a reír.

Cuando Leslie salió al pasillo, Joe Crenshaw estaba esperando.

—Me siento muy honrado de que me hayas pedido que sea tu padrino.

—Eres el único padre que conozco. No podía haber encontrado a nadie mejor.

—Ten cuidado —dijo Gail saliendo al pasillo y empezando a bajar la escalera—. No podemos dejar que se sienta demasiado orgulloso o luego no habrá quien lo aguante.

Cuando Leslie vio a Jason, todo el mundo a su alrededor desapareció. Jake y él estaban junto al altar, ambos muy guapos con esmoquin.

Teri caminó hasta el altar al compás de la música y Leslie la siguió sin apartar los ojos de Jason.

Tan pronto como él la vio, sonrió con tanta alegría que Leslie estuvo a punto de llorar y parpadeó repetidamente para evitar hacerlo cuando llegara a su lado.

Tan pronto como llegaron junto al altar, Joe puso la mano de Leslie sobre la de Jason.

—Cuídala bien, hijo. Se merece todo el amor que puedas darle.

—Bienvenida a mi mundo, señora Crenshaw —susurró Jason limpiándole las lágrimas.

Epílogo

Jason recorrió el pasillo del hospital en dirección a la sala de espera.

Sus padres y sus hermanos con sus esposas lo miraron impacientes.

—¿Y? —preguntó Jake—. ¿Ha nacido ya?

—Sí.

—No nos tengas más tiempo en suspenso. ¿Están bien?

Él asintió.

—Hemos tenido una niña, Emily Ann Crenshaw —respondió—. Las dos están bien y ahora descansan.

—Es normal —dijo Ashley—. Ha estado de parto más de doce horas. Son casi las dos de la madrugada —añadió mirando el reloj.

Gail se acercó a él y lo abrazó.

—¿Por qué no nos vamos todos al rancho a dormir? —preguntó Joe—. Volveremos por la mañana.

—Estoy de acuerdo —dijo Jared, rodeando con su brazo a Lindsey—. No sé lo que tu niñera estará pensando de nosotros. Se ha quedado a cargo de todos los pequeños.

—No te preocupes. Los tenía comiendo de su mano cuando nos fuimos esta tarde.

Una vez se fueron, Jason volvió a la habitación donde Leslie lo esperaba. Estaba tumbada con los ojos cerrados y seguía pálida. El doctor le había asegurado que tan sólo estaba cansada y que a la mañana siguiente estaría bien.

Tomó su mano y se la llevó a los labios. Ella abrió los ojos lentamente y sonrió.

—Dos Crenshaw en mi vida. Espero sobrevivir —lijó ella con una sonrisa somnolienta.

El se inclinó y la besó.

—Bueno, pues este Crenshaw se va a casa a dormir. Volveré más tarde. Trata de descansar.

Ella asintió, cerró los ojos y suspiró contenta. Jason todavía no podía creer la suerte que había tenido al conocer a aquella mujer. Algunas cosas estaban destinadas a ocurrir, pensó.

Fin.